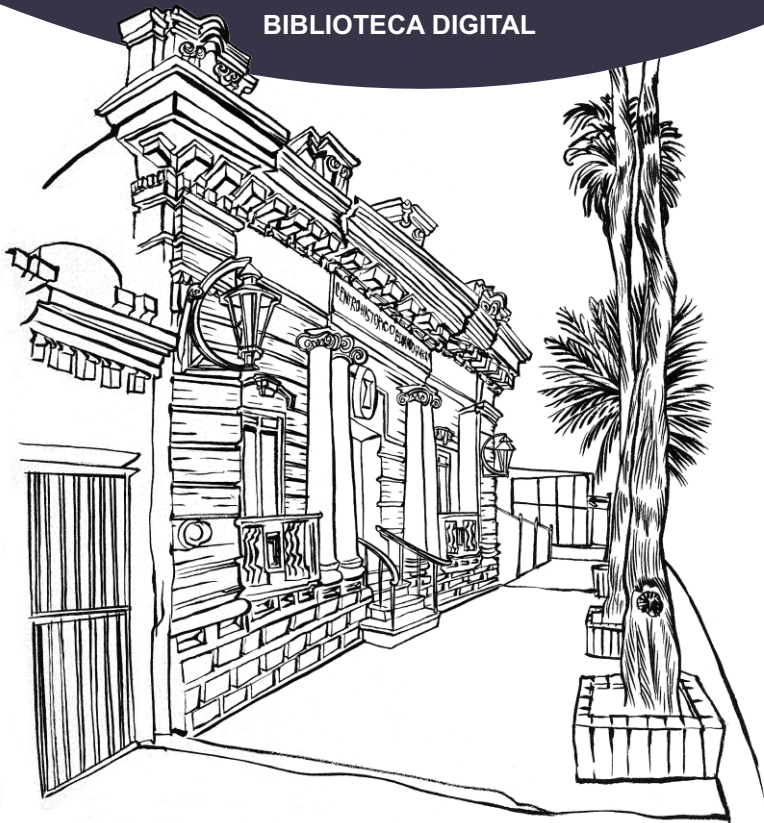




# ARCHIVO MUNICIPAL DE TORREÓN



BIBLIOTECA DIGITAL



C. ACUÑA 140 SUR, TORREÓN, COAHUILA, MÉXICO.  
TEL.: (52) (871) 716-09-13

[www.torreon.gob.mx/archivo](http://www.torreon.gob.mx/archivo)

 Archivo Municipal de Torreón Eduardo Guerra

 @ArchivoTRC

# PUEDE QUE' LOTRO AÑO...



MAGDALENA  
MONDRAGON

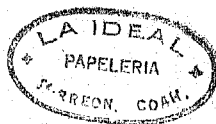
Novela  
de la  
Laguna

EDITORIAL ALREDEDOR DE AMERICA

PUEDE QUE' LOTRO AÑO...

*Espinanza murillo Anatta*

*14 agosto 1937.*



# EDITORIAL ALREDEDOR DE AMERICA

Director: Eutiquio Aragonés

SECCION DE MEXICO

AV. PINO SUAREZ, 29.-MEXICO, D. F.



## OBRAS PUBLICADAS

ROMPECABEZAS (nuevas poesías líricas), por Eutiquio Aragonés.....	\$1.50
LAS ENCANTADAS (estudio de sociología femenina), por Concepción de Villarreal..	"1.50
¿DONDE EMPIEZA LA DECENCIA? (novela), por Enrique de Llano.....	"1.50
CON MI COBIJA AL HOMBRO (autobiografía), por el Gral. de Div. Pedro J. Almada .....	"3.00
LA MADRE DEL HOMBRE (sociología femenina), por Concepción de Villarreal..	"1.00
VELA EN EL MAR (poesías), por Luciano Guezala Gochi (segunda edición).....	"1.50
BLANCOS Y ROJOS—ESPAÑA 1936 (Tragedia en tres actos, en verso, estrenada en el Teatro Lírico de México), por Eutiquio Aragonés.....	"1.00
PUEDE QUE 'LOTRO AÑO... (novela de la Laguna), por Magdalena Mondragón..	"1.00

MAGDALENA MONDRAGON

PUEDE QUE' LOTRO AÑO...

NOVELA DE LA LAGUNA



EDITORIAL  
ALREDEDOR DE AMERICA  
SECCION DE MEXICO

PARA PEDIDOS DE ESTA OBRA:  
ALREDEDOR DE AMERICA

SECCION DE MEXICO

AV. PINO SUAREZ, 29.

MEXICO, D. F.

---

ES PROPIEDAD  
DERECHOS RESERVADOS

---

# PROLOGO

## EL SENTIDO SOCIAL DE MAGDALENA MONDRAGON

"Puede que'lotro año" no es propiamente una novela, sino un documento vivo y sangrante de la codiciada zona algodonera, la que ha escrito esta apasionada, valiente y experta escritora que la EDITORIAL ALREDEDOR DE AMERICA se complace en presentar a sus lectores.

Magdalena Mondragón—una energía en pie de lucha—aparece a las letras mexicanas como rico filón emocional, donde palpita sin desmayo un encendido esfuerzo creador. Ojo lince, nervios de acero y sangre generosa y fecunda caracterizan a la autora de "Puede que'lotro año". Van también con ella la juventud, la simpatía y la belleza.

Magdalena Mondragón: admirable y luminoso espíritu; sinceridad firme; riqueza cordial; fuerza de expresión; brío descriptivo; ímpetu de alma... Todas las más caras cualidades que requiere un escritor para subyugar a sus lectores se aunan y resplandecen aquí con brillo nuevo. La poesía y la vida, la realidad y el ensueño, el corazón de la mujer mexicana que se funde todo entero en las inquietudes de la Patria y que afronta el dolor a pecho descubierto, clama en este primer libro de



Magdalena Mondragón, con un arranque de violencia desesperada que, de seguro, molestará a los hombres acomodaticios, hipócritas y mediocres. ¡Es mucho arrebató para una muchacha del interior que acaba de llegar a México levantando el clamor de toda la Laguna en unas cuantas páginas de fiebre!

Sí, Magdalena Mondragón es un verdadero caso de mujer iluminada que comienza a discernir con calor y nervio humanos lo más profundo del alma popular. Respirando las penas de su pueblo aprendió a conocer las injusticias que con él cometen sus falsos apóstoles, sus egoístas directores, a los cuales hay que enjuiciar siempre con mucha más severidad que a los negociantes y patronos extranjeros, contra los que también alza su grito en un gesto de ansia reivindicativa. Magdalena Mondragón, mujer al fin, ha gestado su obra bajo la fuerte impresión de un sentimiento doloroso, persistente, tenaz, donde a veces la inteligencia queda deslumbrada por ese mismo dolor. Y así sucede que en el análisis se contradice, sin llegar a las últimas deducciones; pero es que Magdalena Mondragón ha nacido y se ha formado en la Laguna, cuya tierra—convertida en tesoro por la pretérita tenacidad de sus hacendados—es amada con ceguedad.

México, 1937.

Eutiquio ARAGONES

PUEDE QUE'LOTRO AÑO...

NOVELA DE LA LAGUNA



## I

Se escuchaba el ajeteo en la pieza vecina, mientras que los niños se miraban asustados, los labios convulsos por el miedo, al oír los gritos de la madre; sin embargo, las personas que saltan y entran de la estancia contigua, estaban tranquilas, sonrientes y, a las preguntas inquietas y a los acercamientos tímidos de los niños a la puerta, las manos se tendían implacables, en un deseo de separación, para detener su avance.

—¿Sabes tú qué tiene mamá?—preguntaba la más pequeña al niño que era mayorcito.

—Sabe Ud. qué tiene mamá? ¿Por qué se queja?—pregunaron, al fin, obsesionados por el dolor y la curiosidad, a la tía materna, que acababa de salir de la pieza misteriosa. Ella contestó mal humorada: Nada, nada, es que acaban de traerles un hermanito de París.

Desde aquel día, ya sabían los niños que los pequeñuelos de París, tal vez por lo lejos que

quedaban de la casa, siempre ocasionaban en ella grandes trastornos. La primera impresión de los niños, fué de desánimo.

Al fin pudieron al día siguiente ver a la madre, que, tendida y muy pálida, les sonrió con una sonrisa marchita.

Ellos, amontonados desde el borde del lecho, inspeccionaban a la mamá, curiosamente, con la tranquilidad de los que no tienen responsabilidades.

Luego pidieron ver al hermanito traído de París. Uno de ellos alargó la manecita, tímidamente, queriendo coger aquella cabeza enrojecida, hinchada del recién nacido, y la mano se detuvo un instante, con miedo.

—Cójelo, cójelo,—instaba la mamá.

El niño la contempló asombrado y, tímidamente, posó las manos inquietas sobre el recién nacido, retirándolas de inmediato.

—¿Cómo se llama?—preguntó la niña.

La mamá sonrió; una sonrisa pálida, descolorida.

—¿Cómo quieren que se llame?—preguntó.

Uno propuso el nombre que tenía el gato; otro dijo que el pequeño huesped se llamara Alberto.

—No,—dijo la mamá;—se llamará León,

Los niños se estremecieron y, la más pequeña, dijo:

—Pero mamá, si el león que hay en el circo se llama Sansón...

—Sí, hijita; pero tu hermano es un león y se llamará solamente León.

Desde ese instante, los niños vieron como un desconocido a aquel hermano traído de París, que su madre afirmaba que era un León, por más que ellos no le hallaban semejanza con aquel animal.

La tía Eustaquia entró con el ceño fruncido y las manos como aspas de molino, diciendo como quien espanta a los pollos: Niños, niños, al comedor, fuera de la pieza, fuera.

La tía Eustaquia era todo un carácter: con la nariz corva, la mirada serena, tras de la grosería y la rudeza, escondía un buen corazón lleno de miel. Jamás la habían visto llorar ni enojarse, y en los casos de apuro era la que asumía el mando. A los niños no se les ocurrió nunca besar a la tía Eustaquia; pero a la hora de sus apuros, no ocurrían a otro lado; y es que la tía Eustaquia, imponía como una catedral.

Contábanse de ella cosas curiosísimas, por lo que muchos suponían que doña Eustaquia estaba chiflada; una vez en plena revolución, sacó una silla a la puerta de su casa, encendió un farol como si fuera día de verbena y

se sentó en la banquetta, importándole un camino las balas revolucionarias.

Doña Eustaquia había quedado viuda precisamente cuando entró a Torreón Francisco Villa. Su esposo era un rico agricultor y fué hecho prisionero, exigiéndole Villa cierta cantidad como rescate. Doña Eustaquia que entonces solo sabía amar bienamente a su marido, pero que ignoraba los negocios, solo pudo juntar cinco mil pesos de los diez mil que le pedían; los llevó solicitando ver a su esposo, pensando que si la dejaban hablar con él, le sería fácil reunir los dineros pedidos, ya que él sabía muy bien como tenía prestado e invertido su dinero; pero no la dejaron ver a su marido. Desesperada doña Eustaquia, pero mujer de recursos, pidió aquí, tocó una puerta más allá, vendió una vaca, una casa, hizo miles de cosas, pero juntó los otros cinco mil pesos, y ya triunfante, con su costal de dinero, pidió ver al general. El general la recibió, sonriente.

—¿Ya me trae el resto del rescate, señora?

—Sí, señor; y ahora quiero que me entregue a mi esposo.

—Mañana será, porque está prisionero en Lerdo, y hoy daré la orden de libertad.

—Gracias, general, pero yo quisiera que fuera ahora mismo.

—No puede ser, señora.

—Bueno, general.

Salió doña Eustaquia llena de esperanzas, pero en la puerta, un soldado la detuvo y le dijo:

—Señora, me da Ud. lástima. Don Eduardo, su esposo, fué fusilado ayer en la mañana, en el panteón, porque Ud. no trajo pronto los cinco mil pesos que faltaban del rescate. Le digo esto, porque fuí peón de don Eduardo y lo conozco.

Doña Eustaquia no protestó, no se quejó, siguió su vida sin vestir de luto, ordeñando sus vacas, silbando viejas canciones, y dando sus gritos roncocos de costumbre. Cuando alguien tímidamente le preguntaba: ¿Y don Eduardo?

—Muerto está,—contestaba.

—¿Cómo que muerto!

—Sí, hija: ¿qué quiere? Sea por Dios, ya estaría de Dios. ¡Epa, tú!,—gritaba al mozo—trae la pastura para este animal; dá de comer a esos patos; quítate de allí, criatura, no te vayas a caer en l'agua. Pos sí, señora—continuaba—, ya ni supe donde quedó Eduardo; pero qué le vamos a hacer...

—¿Doña Eustaquia!

—¿Qué quiere Ud., vamos? Se hizo lo que se pudo por salvarlo; pero otros pueden hacer lo que quieren. ¡Sea por Dios! ¡Ya estaría de Dios!

Todos recordaban a don Eduardo en el ran-

cho. Hombre bonachón, simpático, que nunca fué de pleitos. Enamoradizo como el que más, se contaban sus conquistas por numerosas, entre las lugareñas necesitadas que, considerándose halagadísimas con que el patrón fijara en ellas sus ojos, cedían unas de buen modo, y otras, a la mala. Alguna vez, don Eduardo, coqueteando con alguna muchacha, cuando las mujeres iban a traer el agua al río, con la tinaja en la cabeza, él, parado en el campo, les tiraba un balazo, que hacía que la tinaja llena de agua, se partiera en dos y empapara de agua a la mujer que, más muerta que viva del susto, era el hazme reír de la chusma. Don Eduardo se acercaba entonces a la cuitada, la abrazaba en la cobija de colores, la subía a su caballo y, riendo, le entregaba cincuenta pesos, para que se comprara una "tinajita nueva" y se curara del susto.

Todos festejaban sonriendo estas humoradas del amo. A veces se llevaba a alguna muchacha prometiéndole tal y cual cosa, que después, ya saciado, se olvidaba de qué había prometido obsequiar. Las mujeres del rancho aconsejaban a la ofendida y a su madre: Vayan con doña Eustaquia.

—¿Cómo?

—Sí, vayan con doña Eustaquia, y díganle lo que el amo les prometió.



Así las cosas, se acercaban madre e hija a la casa grande, tocaban la puerta, se les abría, y preguntaban por doña Eustaquia.

—¡Paseen!—Solía gritar doña Eustaquia desde adentro.—Vamos a ver, ¿qué traen?

La muchacha, como si esto fuera un pésame, solía soltar el llanto sin poder hablar y la madre lo mismo.

—Vamos, vamos, no es para tanto,—decía con su voz ronca doña Eustaquia.—A mí, con lagrimitas, no. Vamos, serénense. ¿Qué es lo que les pasa?

—Don Eduardo...

Con este solo nombre, ya sabía doña Eustaquia de lo que se trataba.

—Te fuiste con mi marido, ¿eh?—Exclamaba con una voz tronante que hacía que se suspendieran las lágrimas como por encanto.

—Sí, señora;—contestaba la muchacha toda asombrada y llena de susto.

—Y te prometió algo, ¿eh?

—Sí, señora.

—Y no te dió lo que prometió, ¿eh?

—No, señora.

—Bueno, ¿qué te prometió?

—Un bulto de maíz, una máquina de coser, un bultito de frijol, y cincuenta pesos.

—¿Nada más?

—Sí, señora; pero no se enoje l'ama, yo vine con usted...

—Calla, criatura, cállate; aquí tienes la orden para el mayordomo, y lo que no te cumples mi viejo, aquí estoy yo para cumplírtelo, pues no quiero que digan de mi viejo que no cumple lo que ofrece, ¿sabes? Porque don Eduardo es puro hombre...

—Gracias, señora.

—Vayan con Dios.

—¿Qué jué amita? ¿Otro "volado" del amo?— Preguntaba el lechero, o cualquiera otro de los que estaban cerca.

—Sí, Casimiro, otro "volado" del amo, ¿qué le vamos a hacer? Sea por Dios, ya estarka de Dios... Andaba mi hombre como chivo suelto. Sea por Dios...

Ya sabiendo de esta bondad eterna de doña Eustaquia, a pesar de su voz tronante y de sus ademanes bruscos, mucha de la gente del rancho abusó, y hubiérase ido la muchacha o no con don Eduardo, iba con doña Eustaquia, y como una recitación, aprisa y como carrereada por el susto, pedía:

--Un bultito de maíz, una máquina de coser, un bulto de frijol, cincuenta pesos...

Muerto el amo, doña Eustaquia se encontró de pronto sola en la hacienda, con los asuntos de su marido todos embrollados, con dinero

que estaba regado no sabía donde, pues todos se negaban a pagar y negaban que debían, y con una hermana que, para colmo de males, vino viuda y cargada de hijos.

Esta hermana, siempre había sido el día nublado de doña Eustaquia; era fina de remos y de manos; había llegado a la casa con su cara de dolorosa y sus manos juntas sobre el regazo grávido por un nuevo fruto de amor de un marido lejano que poco sabía cumplir sus obligaciones, con excepción, naturalmente, de la que atañía al amor, que cumplía a las mil maravillas, y con una religiosidad que parecía darse cuenta de las responsabilidades que entrañaba procrear.

La hermana llegaba llorando, prometiendo separarse de aquel marido molesto, y en cuanto engordaba un poco y los chicos tenían lo necesario, emprendía el vuelo como las golondrinas en la época propicia.

Ahora ya había venido otro niño, gordo y colorado, traído de París, y doña Eustaquia solo pensó, sin valor para indignarse, porque amaba demasiado a esta hermana fina de remos y de manos, que parecía una figurita de Biscuit: ¡Sea por Dios! ¡Ya estaría de Dios! Lo bueno es que ya el indino de mi cuñado, al fin "estiró" la pata.

—Eustaquia—pidió tímidamente la parturienta—lleva a los niños al teatro, porque me duele horriblemente la cabeza con el ruido que hacen.

Doña Eustaquia iba a contestar en forma airada, pero en virtud de las circunstancias, se guardó su sermón para otra oportunidad y, alisando los pelos de una, y componiendo el pantalón del otro, se fué al teatrillo del rancho, formado con cómicos de la legua, que hacían no solo milagros para actuar, sino para vivir.

Entraron al "teatro", como pomposamente se le llamaba, y después de empujar con el codo como si fuera remando en un río revuelto, logró doña Eustaquia abrirse paso hasta colocarse casi debajo del foro.

El calor era insoportable y los olores de establo persistían a pesar de que los lugareños vestían el traje de los domingos.

Doña Eustaquia saludaba a todos lados, mientras daba un pellizco al niño que estaba cerca de ella, que lloraba porque quería comprar una charamusca.

Al fin amortiguando la ola de murmullos, se alzó el telón: un pedazo de manta negra por el polvo de los tiempos, y empezaron a salir los actores que iban a interpretar "El Gondolero".

Muchos de los rancheros, por el calor, sacaban de su bolsa trasera los "paliacates rojos" para limpiarse el sudor que a chorros les ma-

naba del rostro, y parecía que más que función pacífica estaban en una asamblea comunista.

Todo transcurría en calma, apenas si interrumpida la función por uno que otro llanto de criatura y una que otra tos persistente e indiscreta de esas que siempre saben encontrar eco entre la concurrencia que ocupa desde los primeros asientos hasta los últimos.

El "artista" principal, se deslizaba rítmicamente sobre un barco que se suponía que atravesaba un mar pintado en el escenario del fondo, mientras entonaba la canción que decía: "Soy gondolero que cruza el canal Veneciano..." con unos gritos que partían el alma... Alguien desde adentro, tiraba de la barca sobre la que se suponía iba parado el actor, al par que este avanzaba poco a poco, entonando la canción; pero de pronto, debido quizás al entusiasmo de los que tiraban de la barca y del que estaba cantando, ni unos ni otro se fijaron ni en los pasos del artista, ni en los avances de la barca, y de pronto, con gran regocijo de los lugareños, quedó el artista parado sobre las tablas del foro, con sus medias rojas y su remo tocando el piso, mientras que su voz desgañitada seguía entonando la canción, poniendo los ojos en blanco; cuando terminó esta parte emocionante y el actor volvió la vista hacia el público y hacia el suelo, se

encontró, ¡oh, sorpresa!, conque la barca que surcaba el canal Veneciano ya había atravesado Venecia y que él estaba parado, en la forma más desairada, sobre el mismo suelo, con el mar por fondo... pero el actor, que por lo visto era hombre de recursos, ante la hilaridad del público, tuvo una salida de ingenio:

—¿Ven ustedes?—exclamó—ahora sí que me quedé como Jesucristo: caminando sobre las olas...—y siguió cantando como si tal cosa, a pesar de los silbidos de los concurrentes; solo doña Eustaquia pensaba: Pobre, pobre, y su alma buena se compadecía de aquel ridículo y de las mejillas rojas del cómico, rojas, rojas, como sus rojas medias.

Terminada la función, caminó por el campo hacia la casa; y entonces contó la estrellas con la mirada, y al escuchar los gritos y las preguntas de sus sobrinos, miraba a lo alto soñadoramente, mientras sus pies se enterraba en la tierra recién abierta bajo la herida impiadosa del azadón.

Cuando estaban cerca de la casa, se oyó gran ruido, y miraron cómo Encarnación, la criada, iba a su encuentro dando grandes gritos.

—¿Qué ha pasado, tú?—dijo doña Eustaquia, con su ademán brusco de costumbre.

—¿Cómo qué, mi ama? Que mientras usted estaba en la función, dejamos a su hermana durmiendo, y endenantes, que si acercó la Cle-

ta a darle una gueltecita, la encontró blanca, con blancura de muerta. Se acercó a tocarla y está fría, sin gota de sangre ni por fuera ni por dentro, como si la hubieran matao por brujería.

—¿Muerta?

—Sí; yo creo que jué el mal parto...

Doña Eustaquia solo oprimió las manecitas de los niños, que con ojos asombrados, sin comprender, miraban la casa, a Encarnación y a doña Eustaquia.

Esta, sin perder la serenidad, apretando los labios, solo murmuró: Sea por Dios, todo sea por Dios...

—¿Bueno, ahora qué me miras?—dijo doña Eustaquia. Corre a preparar el café para el velorio, viste a la muerta, y haz todo lo que sea necesario.

—¿Podemos llamar a las lloronas, mi ama?

—¿A cuales, a esas mujeres que no son nada de la muerta, y lloran por costumbre en todos los velorios del pueblo? No.

—¿Entonces, la música?

—Pero vamos, Encarna, qué fuerza es que haya músicas ni llanto? Cuando Dios lo ha dispuesto así, hay que conformarse, sin escándalo. Acuesta a los niños.

Quando ya la fámula se alejaba, doña Eustaquia gritó: ¡Encarnaaa...!

- ¿Mande, mi ama?
- Diles a los peones que mañana, antes del entierro, aren la tierra, como siempre.
- Está bien, mi ama.





## II

¡Aren la tierra, como siempre! También, como siempre, ararían la tierra para sembrar el cadáver de su hermana que no produciría copos de algodón, sino gusanos. A doña Eustaquia se le amargaba la boca. Más se le amargó aún con el pensamiento de que se tendría que arar, porque el tiempo se echaba encima, y había que sembrar, sucediera lo que sucediera. Sus pies se movieron impacientes sobre la tierra casi negra, y sus ojos, involuntariamente, la recorrieron hasta que se perdieron en el infinito. Un puño de tierra se filtró por entre sus dedos sarmentosos, y sonrió con tristeza. ¡La tierra! ¡La Laguna! ¡Ironía del nombre donde solo se veía aridez tremenda de desierto, tachonada de estrellas! ¡La Laguna! ¡Qué jugar de los agricultores a la lotería con la tierra, que les devolvía en frutos sus anhelos, o los acicateaba con la ruina hasta desmaderarlos, hasta quererlos romper sobre sí mis-

mos, sin salvación, pero los hombres se enderezaban, en lugar de inclinarse al latigazo, y comenzaban de nuevo... y era como si de verdad, la Laguna tuviera agua que licuara, como terrones de azúcar, los anhelos y las esperanzas de un año, en cosa tremenda de ruina o como si les regresara en pesos estrellados los anhelos hechos realidad. La Laguna, está formada por pueblos de dos Estados, Durango y Coahuila, y como centro comercial y desiacado, está Torreón, cuyo nombre significa fortaleza; se debió este nombre a don Pedro Santa Cruz, constructor de la Presa de El Carrizal, quien construyó el torreón que dió origen al nombre de la ciudad, para vigilar los trabajos de la presa.

¡Quién había de pensar que estas tierras consideradas realengas, y que se convirtieron en centros de prosperidad, fueran vendidas al marquesado de Aguayo en la irrisoria suma de \$250.00! ¡Quién había de decir que la casa que se agregó al Torreón, que diera lugar al nombre de la ciudad, había de servir después para albergar a militares enfermos, en lugar de servir de hospital a los campesinos!

¡Cómo recordaba doña Eustaquia el pequeño rancho de Torreón, allá por el 1907 en que había unas cuantas casas y unos cuantos habitantes, pero no obstante la pobreza de po-

blación ya entonces había movimiento ferroviario tremendo, por la cosecha de algodón, la entrada de carros con minerales y los trenes de pasajeros, que colocaban a Torreón en el país en el tercer lugar como centro ferrocarrilero de importancia, siendo superado solamente por México y por Veracruz. Si no hubiera sido por el tren, Torreón aún seguiría siendo Villa. El espaldarazo de ciudad, lo recibió del Lic. Miguel Cárdenas, Gobernador de Coahuila, que al ver el movimiento de Torreón, y su rápido progreso, comprendió que la villa era digna de ser ciudad.

Los ojos de doña Eustaquia se humedecieron al recuerdo de los años de lucha. Recordó nombres de amigos, viejos aventureros unos; otros de rancio abolengo, como don Andrés Eppen, que tenía grabado su escudo nobiliario en el frontispicio de su casa, en la hacienda de El Coyote. Hombre noble, no solo por abolengo de raza, sino de corazón, sembró su sangre generosa en acciones inolvidables; pero si los hombres fueron nobles y esforzados, no lo fueron menos las mujeres, como aquella doña Luisa Ibarra Vda. de Zuloaga, que administró sus tierras por más de 19 años, siendo dueña absoluta de espíritu justo.

Don Leonardo de Zuloaga, esposo de doña Luisa, vasco de nacimiento, fué el fundador de la riqueza agrícola en la Laguna; solo la

altivez de la raza vasca, podía dar tan bellos frutos.

Vasco fué el fundador de la riqueza agrícola y españoles de distintas partes de España siguieron siendo los que continuaron por muchos años cultivando la riqueza regional, a pesar de revoluciones y de sacrificios.

Se acordaba especialmente doña Eustaquia del éxodo doloroso de los españoles, cuando la estancia del general Villa en Torreón, quien llegó a los sótanos del Banco de la Laguna, donde había recluidos más de trescientos españoles con todo y sus familias, y les dijo en forma perentoria, aunque en lenguaje torpe, que debido a que los consideraba enemigos del pueblo, y por ende de la revolución, les daba un plazo de dos días, cuando más, para abandonar la ciudad, sin excusa ni pretexto, y bajo pena de la vida.

El señor Felicitos Villarreal se dirigió al general Villa pidiéndole que ampliase el plazo de la salida, para que pudieran arreglar un tanto sus asuntos y adquirir algunos elementos con que subsistir en el extranjero, demanda a la que Villa se negó terminantemente, pues estaba disgustadísimo por las quejas que los campesinos le habían dado, sobre la actuación de los hacendados españoles, quienes trataban a los peones poco menos que como

animales, cosa que en parte es cierta, pero no todos los patrones son de esta misma condición, aunque a la hora del exilio, no solo eran condenados los patrones, sino los españoles en general, no importando si eran empleados o amos.

Al pasar Villa por el departamento en que se hallaba un español apellidado Serrano, de proverbial bondad, se acercó a él y le dijo que ya sabía quien era, y que podía quedarse en el país si gustaba; don Joaquín señaló a su sobrino y preguntó a Villa si podría quedarse, pero él le contestó:

—Puede quedarse, pero no respondo de su vida. El pueblo está muy "picado" con los españoles y lo matarán. A usted no, porque ya lo conocen y saben que es un hombre bueno.

Tal como lo había dispuesto Villa, el siete de abril salió la colonia española en carros de segunda clase de los llamados de "caja"; como no alcanzó un tren, se pusieron en servicio dos, que llevaron hacia la frontera, a más de quinientos españoles.

Como entre los pasajeros iban empleados, los hacendados ricos velaron por las necesidades de sus compañeros en desgracia y carentes de fortuna.

Se supo después que este grupo de exiliados, se dedicó a buscar trabajo en Estados

Unidos, y tuvieron que efectuar desde los más rudos; y que en cuanto pudieron, se regresaron a México por distintos puntos de los no controlados por Villa, dirigiéndose a varias partes de la República.

El algodón de ese año, 1913, fué confiscado por Francisco Villa y exportado a Estados Unidos, siendo muy pocos los que pudieron recobrar sus cosechas. Para que el algodón de propiedad de agricultores mexicanos pudiera ser exportado, Villa decretó un impuesto extraordinario por paca, y fué maravilla como abundó aquel célebre año el algodón de cosecheros mexicanos.

Las haciendas fueron puestas en manejo de la oficina de Bienes Intervenidos, y a duras penas pudieron terminarse los cultivos del año agrícola y la cosecha de 1914 fué también a engrosar los fondos de la División del Norte.

Para 1915, no había quien pudiera llevar a efecto la magna tarea agrícola y ya Villa estaba menos apasionado contra los españoles, y necesitándolos, llamó a los exiliados, que noablemente regresaron casi en su totalidad, entre ellos aquel Don Joaquín Serrano que era el único a quien Villa había perdonado del exilio, pero que no aceptó, por solidaridad con sus compañeros en desgracia, quedarse; este

don Joaquín Serrano, era pintoresco y bondadoso, como su tierra. Su generosidad sin límites le había creado tales simpatías, que doña Eustaquia recordó sonriendo aquel desfile memorable del 15 de septiembre de 1893, en que los colonos celebraron jubilosamente el doble acontecimiento de la erección de la colonia en Villa, y la conmemoración de la Independencia Nacional.

El desfile se efectuó en forma clamorosa, gritando como se acostumbraba entonces, en forma enfurecida: "Mueran los gachupines".

Don Joaquín Serrano, formaba parte, imperterritito, del desfile, y su sonrisa no se esfumaba cuando oía los gritos de: "mueran los gachupines", hasta que de pronto, una voz cortó por lo sano: "¡Mueran los gachupines, pero don Joaquín Serrano, no!" Múltiples voces y aplausos respondieron a este grito, y como un eco, se oyó repetido: "¡Don Joaquín Serrano, no!". grito que perduró hasta cuando Villa quiso exiliar a todos los españoles.

Las meditaciones de doña Eustaquia fueron cortadas por la aparición de don Luisito Vázquez, que venía a caballo, como su madre lo echó al mundo.

—¡Pero hombre, por Dios, se necesita cachaza!

—¡Ay, patroncita, dispense asté, pero es que

ya ni de vestirme me acuerdo; imagínese lo que me pasó!

—Pero, hombre...

—Pos sí, imagínese no más, que mi padre mi invitó para que lo acompañara un trechecito y que yo iba camino de Matamoros, para ver a la novia, y cuando íbamos más a gusto, que se suelta un aguacero. Ya adivinará su mercé que llevaba puesto el traje de "ca-trín", y mi padre que se las gasta buenas, me dijo: Con un... tal, ¿por qué diablos no te quitas el pantalón, brincas charcos y te dejas en cueros? Cuando llegues a ver a la yegua de tu novia, los pantalones esos de dril te van a llegar a la rodilla.

Comprendiendo que tenía razón, me los quité y los guardé en la cantina de la silla. Mi padre me dijo:

—Gueno, ahora tómate un traguito, para que no te enfries con el agua, y para no enfriarme, seguí tome y tome, sin medida, hasta que nos separamos, cerca de Matamoros, pero yo en condiciones que ya no supe lo que hacía. El caballo endino que conocía las verdades de capricho, me llevó hasta la merita puerta de la casa de María, quien como me esperaba, salió a la puerta. Ya se imaginará mi ama, el grito que pegaría: parecía que vió un fantasma, y no era para menos; pues des-



nudo, con la tempestad y a caballo, ya se afigurará su mercé la figura que hacía.

—¡Ah, qué hombre! Pues háblele usted, ya vestido, y explíquele las cosas.

—Eso es fácil de decir, pero ya verá usted como no es fácil de hacer. Se niega ha hablarme, me ha deguelto mis cartas, que me aventó por la ventana, y ni siquiera quisio escucharme, porque cerró con chapa y aldaba... no sea que la jueva a forzar.

—Bueno, hombre, bueno, ya se le pasará; ¡mi-re usted que presentarse desnudo! Y vaya y vístase, porque tiene que trabajar luego, y eso lo hará olvidar.

—Tiene razón la ama, voy a tratar de olvidar, porque esa es chiva, que ya no brinca; pero ¡ay, Virgen de Guadalupe! las veredas quitarán... pero las querencias, ¿cuando?

—Oiga, Luis.

—¿Mande, mi ama?

—Y prepárese para el entierro de Elvira, mi hermana, que será dentro de un rato.

—Reciba su mercé mis condolencias. ¿Quién lo dijera, al verla, así, tan tranquila?

—Con un... tal, como dice su padre, vaya póngase los pantalones brinca charcos, y no pase la botella de tequila, porque no quiero borrachos a la hora del trabajo.

—Oiga, mi ama.

—¿Qué?

—¿Sabe su mercé lo que se cuenta?

—¿Qué se cuenta?

—¿Qué la agua ya viene, y que no nos van a dejar cojerla, y sin agua, no hay aniego, y sin aniego, no hay siembra.

—Pero si tenemos arreglado el derecho agua.

—Pos sí será, pero ya sabe usted que inquina nos han tomado los Martínez, que también tienen derechos sobre este canal, y dicen que aunque haya pleito y lo pierdan, pero que por lo pronto, el agua no se toma.

—Lo veremos. Dígalas a los muchachos que ensillen, que tomen los rifles y que me esperen; que se salgan todos del velorio y que se queden solo las mujeres. Sea por Dios,—dijo doña Eustaquia—, pero no seré yo quién se deje tomar el agua. En cuanto a la muerta, no podré acompañarla, qué le vamos hacer.

Sus pies removieron la tierra en cada paso, mientras sus pensamientos, movieron tierra de recuerdos. Se acordó de sus padres, que allá en Cuatro Ciénagas, tenían ganados de numerosas cabezas. Su padre practicaba riendo que continuamente eran asaltados por bandoleros y los del pueblo tenían que defenderse con sus propias uñas. Cuando se tenía noticia de que estaba próximo a llegar un grupo de bandoleros, o cuando se

oían los primeros disparos, inmediatamente los hombres del pueblo se reunían y comenzaba la lista de presente: los Martínez, tantos hombres; los de Arrevillaga, tantos hombres; los Requejeo, tantos hombres; pero en cuanto llegaban a su familia y decían: los Miramontes, el que pasaba lista, exclamaba sonriendo: Hombres y mujeres, tantos...

Y era cierto, porque allí hombres y mujeres manejaban el rifle y el valor con maestría, y ahora no sería menos.

Las tierras ya preparadas, tendrían que anegarse; la tierra negra estaba con los terrones removidos, entreabiertos como bocas insaciables, ya con el agua bebida, habría tierra suficientemente preparada para sembrar, y las tierras ricas, responderían como siempre. No sólo por la tierra sino por los hombres que de ella vivían se tenía que luchar. No sería la primera vez que hubiera tiros por el agua; menos mal ahora, con los derechos arreglados, pero antes, eso era cosa que sucedía todos los días.

La comarca Lagunera constituye una pequeña fracción del gran plano inclinado que, partiendo de la región de los valles del Estado de Durango, forma la gran depresión de la Meseta Central del Norte, conocida con el nombre de Bolsón de Mapimí. Hidrográficamente, la Comarca Lagunera es la parte más baja

de la cuenca de los ríos Nazas y Aguanaval, sobre todo del primero, abarcando cerca de quinientas mil hectáreas, en las que la mano del hombre, iniciando la obra a la mitad del siglo pasado, y acentuándola vigorosamente en el transcurso de los años, estableció un sistema de irrigación con las aguas de avenidas del Nazas y Aguanaval, integrado por numerosas presas, canales primarios y una extensa red de canales secundarios distribuidos, que en conjunto, forman uno de los sistemas más admirables de riego en México, principalmente el derivado a lo largo del cauce del río Nazas, que tiene su descarga natural en la depresión llamada la Laguna de Mayrán.

Cupo a Zuloaga, el vasco insigne, aprovechar las periódicas avenidas del Nazas, construyendo la Presa de El Carrizal, Coyote, y Jiménez o Calabazas. El sistema de irrigación reglamentado, consta de nueve presas y veintidos canales por la margen izquierda, y siete por la derecha; de estos canales toman agua los agricultores de "arriba y los de abajo", o sea los de tierras más altas y los de tierras más bajas, y antes de la reglamentación de las aguas y aún después de ellas, principalmente en Matamoros, muchos odios de familia en que se destruyeron sus miembros integrantes, tuvo lugar no por otro motivo más

que por el agua. ¡Bendita agua, como cobraba sus tributos, en vidas!

Era necesario, no obstante, luchar por el agua, porque la necesitaban para vivir.

Los hombres del rancho se acercaron a doña Eustaquia, con los caballos ensillados; y el de ella, ya listo.

—Suba, la ama.

—Habrá que estar pendientes día y noche, muchachos.

—Sí, mi ama.

—A la primera vista del agua, abrirán ustedes las boca-tomas de los canales que nos pertenecen, y no se detengan, aunque haya tiros.

Nadie pensaba en detenerse; sin agua no habría siembra, y sin siembra no había dinero. Por el camino calcinado, en que no se veía ni una flor ni un árbol, se alejó el grupo, no viéndose en la lejanía más que el polvo confundido de blancura, con la blancura sucia de los calzones de manta y el sombrero de petate, cortados en vertical, los hombres por la línea negra de las carabinas...



### III

Cuando llegaron doña Eustaquia y sus hombres al lugar donde el canal se dividía en dos y se hacía el reparto del agua, ya estaban allí los Martínez, encarabinados, dispuestos a pelear por el agua, con más denuedo aún por la enemistad reinante.

—¡Oigan,—gritaron a los hombres de doña Eustaquia—, despejen!

Doña Eustaquia no respondió, pero continuó inmóvil, parada en el mismo sitio.

—Conque quieren jarabe, ¿no? Pos lo tendrán.

Antes de que los otros siquiera pudieran preverlo, los hombres de doña Eustaquia, como uno solo, dispararon una andanada de tiros que tumbaron desde luego a dos hombres.

—¡Jijos de la...!

Exclamó el bando contrario y sonó otra descarga.

Doña Eustaquia ordenó seguir tirando sin compasión, habiendo en esta vez, heridos y muertos por ambos bandos.

Al fin, los de doña Eustaquia lograron pasar el canal, disparando desde los caballos, y defendiendo desde allí el paso del agua que necesitaban, dejando a los Martínez sin el precioso líquido hasta que no se llenara por completo el canal que pertenecía al rancho de doña Eustaquia. Los caballos nadaban desesperadamente, y los hombres tiraban sin descanso, hasta que pasaron a la otra orilla y pusieron en desbandada a los Martínez. Sobre el río se divisaba un caballo solo nadando, y de hombre, ni rastros...

Al fin tomaron el agua que necesitaron, y ya satisfechos, alzaron sus muertos, vendaron a los heridos con pedazos de camisa sucia, poniendo los cuerpos de muertos y heridos sobre las cabalgaduras, y emprendieron el regreso, disparando aún, de regocijo, tiros al aire.

Los hombres se pusieron alerta cuando a lo lejos se oyeron algo así como tiros también, pero doña Eustaquia les dijo:

—Siganle al gusto no más, muchachos, que esos no son tiros, sino cuetes; los cuetes con que se alegra el entierro de mi difunta.

—Ya se les llegará su turno a éstos—señalando a los muertos que llevaban—por lo pronto, alégrenles la muerte con balazos.

—¿Y el otro que se llevó la corriente, mi ama?

—Ahi aparecerá dentro de tres días cuando lo haga flotar la hinchazón.

Todos rieron el mal chiste, con alegría. ¡No, no iban tristes! Unos habían muerto, otros estaban heridos, pero estaba asegurada la cosecha, el pan, la tierra! En lugares donde todo depende del agua para que haya bonanza o miseria, la gente se vuelve así, ruda, inmisericorde; no hay nada tan eficaz para despertar a la fiera, como que se intente quitarle el pedazo de pan de la boca.

—Mañana irán a la escuela nocturna, murmuró tibiamente doña Eustaquia.

—¿Y pa qué, mi ama?

—Para que se enseñen a leer y a escribir.

—Ay mi ama, ¿y para qué queremos saber eso? Cuándo pizcamos ya vé asté que bien hacemos los ñudos y así llevamos las cuentas: tantos ñudos, tantos kilos, a tanto el kilo de algodón... y sale exacta la cuenta, si contamos con los dedos. No nos va a servir eso ni pa contar los chistes. Le aseguramos que Venustia el administrador, que los sabe contar tan bien, no sale ganando nada con leer libros. ¿Se acuerda asté de la procesión de Cristo, el año pasado?

—Sí.

—Gueno, pos Toribio el rayador, la hizo de Cristo, y cuando lo descolgamos de la cruz y lo llevamos dizque a enterrar, en camilla que



cargábamos entre cuatro, se le ocurre al ingrato hacer una necesidad de las mayores y nos decía tristemente:

—Ay, hermanos abájenme un rato, no importa que vaya muerto, pero me quiero cagar.

—Espérate, hermano, ¿no ves que eres Cristo? Espérate a la resurrección.

El hombre desesperado, se zurró en la camilla, y ya se imaginará su mercé el jedor.

—No les valen chistes, hijos. Mañana, sin remedio, despues del día irán a la escuela nocturna y en el día mandarán a los chicos.

—Pero mi ama, si los muchachos hacen falta en la labor, y para ayudar a las madres a cortar la leña. Además al administrador todo eso le parece mal, dice que son puros cuentos del ama, y que los libros nos ponen extrañas ideas en la cabeza. Pero si su mercé lo manda... Ya ve asté para qué sirven los libros, si un libro dice tal cosa y nosotros lo desmentimos a balazos... Menos mal que los Martínez son puros machos y no irán con el cuento, porque ya sabe asté, todos estamos dispuestos a morir, y ellos lo saben; él que pudo más, pudo más... la enemistad es antigua, y eso no se arregla con leyes. ¿Cuantos de los Martínez se han muerto, mi ama?

—¡Muchos! Pero tambien de los González, ya ves tú, me mataron a mi padre, a mi herma-

no, a mi tío, a mi abuelo. Cada muerte tenía que tener venganza, aunque yo, personalmente creo todo eso cosa estúpida.

—Pero de todos modos viene a echar su aguita, ¿verdad? Bien que disparó la ama, y tenía certero el ojo.

—Ya vamos llegando mi ama. Los muertitos los dejaremos en sus casas, para que los tiendan en su cruz de cal, ¿y a los heridos?

—Al pueblo.

—Al pueblo, no.

—¿Por qué?

—Porque preguntarán lo que pasó.

—Bueno, como gusten, pero no quiero que nadie se muera por mi culpa.

—¿Qué dijera la ama, si por los muertos y por el gusto del agua, nos pusiéramos una borrachera?...

—Jalénsela pues, pero nada de escándalos.

—Descuide l'ama.

Doña Eustaquia, parsimoniosamente, se dirigió a la casa grande, y los sobrevivientes del tiroteo, que estaban sanos, se dirigieron al jefe de cuartel que era el que, a espaldas de la autoridad, y como negocio particular, vendía el vino. De esta manera, no era nada extraño que jamás se terminara con la embriaguez en los ranchos. Además, de nadie era desconocida la vieja enemistad entre el juez y el jefe de

cuartel. La enemistad comenzó por una hembra que prefirió al juez, porque no tuvo miedo de disputársela a balazos, y ya se sabe lo que a las mujeres siempre les ha gustado la valentía y la audacia: parece que si no su alma, esto despierta en grado superlativo su sensualidad.

El juez, por no tener mayores dificultades en que iba de por medio la vida, hacíase de a vista gorda sobre el comercio del alcohol; el jefe de cuartel, por su parte, salvaba las apariencias.

Uno a uno de los deseosos de embriaguez, fueron llegando a la puerta, tocándola con gran misterio, mirando a uno y otro lado, y embozando la sonrisa con los sarapes. Aunque ya sabían que todo era pura comedia, les encantaba la comedia. Cada quien compró dos o tres botellitas de tequila y las pasaron liberalmente a todos los hombres del rancho, hasta que no quedó uno en pie. Muchos se fueron a dormir, pero a otros se les despertaron los deseos bélicos, y atravesaron las calles en zig-zag y a balazos. Las mujeres, ante esta balacera tremenda y regocijada, tomaron como protección barriles de vino vacíos que había en las esquinas puestos allí especialmente para recoger la basura, y esperaban que pasara el valiente o los valientes, para atravesar co-

riendo la calle y meterse en la casa y cerrar la puerta. Después de cinco horas de angustia, las mujeres entreabrían la hoja de la puerta y "arriesgaban" un ojo para ver si ya todos los hombres ahitos de vino se habían ido a dormir.

La calma, aparentemente recuperada, volvía a inquietarse con el tránsito de las mujeres que salían de compras. No caminaban una cuadra, cuándo se encontraban heridos o muertos.

Acudieron desesperadas al juez, tanto para recojer a los heridos, como para dar fé, pero el hombre, aunque valiente, sabía que no se podía luchar con la multitud, y rotundamente se negó a salir, y menos a ir a detener a los presuntos responsables, que como decían las comadres:

—En la bola, ni se supo.

—Señor juez, señor juez—decían—venga usted y aprehenda a los que alteran el orden.

—Cállense ya, viejas escandalosas, y vayan a dormirse; mañana temprano lo iremos a saber a Lerdo.

Convencidas con este último razonamiento, las mujeres angustiadas, principalmente las que no tenían ya en su hogar a su hombre, hacían un gesto de estoica resignación y se iban a su casa a rezar porque todo se arreglara en Lerdo; preferían en todo caso, que su hombre

hubiera matado, y no que lo hubieran matado.

Al día siguiente, al cantar los gallos, comenzaba el juez su recorrido, tocando puerta por puerta.

—¿Qué quiere asté? ¿Quién es?—Solían contestar, desde adentro.

—Soy la autoridad, abran la puerta.

Ante semejante orden dada con voz de barítono, salía la mujer con el traje deshilachándosele, como los cabellos.

—Háblele a su marido.

—Te hablan, tu.

El hombre, generalmente todavía adormilado por no pasársele aún los efectos del vino y sin acordarse mucho de los acontecimientos de la noche anterior, salía con la mirada dándole vueltas en asombro, el calzón entreabierto, y la camisa desabotonada, con miedo a la autoridad, por instinto; con ese ancestral miedo y repugnancia que le tiene nuestro pueblo a todo lo que huele a juzgado.

—Mande su mercé.

—Vamos a Lerdo.

—¿Por qué?

—No lo pregunte; allá lo iremos a saber, camine.

La forma de obrar el juez, dejaba a todos sin cuidado. El hombre caminaba sin responder, y sin recordar lo que había hecho la

noche anterior. Caminaba resignado, con el sarape sobre los hombros.

El juez, muy satisfecho, después de levantar el "acta de los acontecimientos" que no quiso ni pudo remediar, comenzaba un interrogatorio pintoresco en el juzgado, y allí, los que creía culpables eran encarcelados, para soltárseles a los cuantos días, en vista de la imposibilidad de probar nada absolutamente sobre los muertos y heridos en el jolgorio. Otras veces, el asunto se arreglaba así: ¿Señor juez, puedo decirle unas palabritas, a solas? Relampagueaban los ojos del juez, envueltos en codicia, y concedía de buena voluntad una entrevista cuyos resultados preveía.

—¿Quiere su mercé hacerme el favor de echarle tierrita a mi asunto? Ya recompensaré a su mercé.

—Calla y no digas tonterías, te haré una "valedura", porque soy muy hombre y porque me gusta servir a mis amigos. Venga esa mano y todo quedará arreglado.

El peón de la Laguna, ladino por naturaleza, bien sabía que no era por la amistad, que era por el interés, y se hacía esclavo del juez, hasta que el gobierno mandaba otro, mientras, regalaba, regalaba... es decir, pagaba... En otras ocasiones, el juez recibía un aviso: Fulano de Tal, de estas y estas señas, que sea

buscado por tal delito... Pero tal cosa era imposible, era como buscar una aguja en un pajar. En las numerosas haciendas, en el montón anónimo del campesinado, se esconden tipos tremendos; por lo regular asesinos, ladrones, gente maleante de Zacatecas, San Luis Potosí, Durango, etc., buscan refugio en la Laguna, donde saben que casi es imposible localizarlos disfrazados de peones, ya que los peones en las haciendas, dejan de ser personas y solo son medios de trabajo, sin importarle al dueño del rancho la vida, ni menos la intimidad de esta vida de sus trabajadores.

El juez buscaba entonces entre el campesinado, pero casi siempre ya tarde, porque el secretario del juzgado, como en todo centro de acción pequeño, tenía nexos con los campesinos y "corría la voz" rápidamente, de suerte tal, que cuando se buscaba al individuo del retrato, ya este estaba oculto en alguna de las casas de los amigos, y pasada la revista volvía, como de costumbre, a su trabajo, sin inquietarse más.

¡El juez! Casi nunca se dá en los ranchos cuenta de sus funciones. El juez es un tipo que termina casi siempre por embrutecerse entre el alcohol, el billar y la baraja. La única nota sonriente, la dá, por lo general, un casamiento.

Al día siguiente de la tremenda embriaguez de todo el pueblo, se supo la última noticia que corrió con la rapidez de las malas nuevas en los centros de acción pequeños.

—¿Sabe asté? La Rosa, la maestrita, se fué con Ambrosio el caporal.

—Cuando yo le decía...

—Gueno, habrá boda.

—Cuando los pesquen... Mire asté, allá vienen.

En efecto, venían los dos tórtolos con la cabeza baja, y echando miradas de soslayo a todo el rancho sonriente y curioso; la novia, toda arrebolada, y el hombre engallado, aunque con una ligera mirada de miedo en las pupilas, pues en la espalda sentía el rifle del padre de su novia, que ceñudo y todo, sin decir una palabra, le picaba despiadadamente las vértebras, hasta que llegaron a la puerta del juzgado.

—Padre, decía tímidamente la novia. Yo no me quisiera casar así, sino con velo y coronita...

—¡Cállese, jija... qué velo ni qué la co... aquí nos lleva a todos el tal si este desgraciado no cumple! ¿Qué dice, sí?

Y como ironía, el novio aquí es el que tiene que dar el "sí", y no es el de la ansiedad sino el padre de la novia.



Y esto, como lo de la compra de vino, todos saben que es comedia y la desempeñan con gusto; todos tienen íntimamente la convicción que en los ranchos hay que llevarse primero a la novia, y después, casarse; la novia tiene que dar la "prueba" y cuando el novio dice que "no era señorita", van a relucir hasta los calzones de la novia, sobre la mesa del juez. La pareja entró y después de dos o tres malas razones, la boda se efectuó sin novedad, y la novia se fué para su casa.

Después de esta pareja, entró al juzgado una madre atribulada, y le contó al juez que Chon, uno de los del rancho, se había llevado a su hija, pero como ella no tenía marido, no podía ir en su busca, y traerlos, que así que le suplicaba que mandara a alguien a localizarlos.

El juez, que no tenía más ayudantes que el secretario y que cuando estaba de vena era guasón, preguntó:

—¿Cuántos años tiene su hija?

—Diecisiete.

—¿Y se la llevó Chon?

—Sí, señor.

—¿Con qué se la llevó, eh? ¿Cómo, con todo y cuna?

La madre avergonzada y al mismo tiempo echando vigas hasta por los codos, salió del juz-

gado; pero al rato la pareja sola se presentó en el juzgado y se casó sin mayores ceremonias, pagando unos cuantos centavos a los peones que pasaban para que les sirvieran de testigos.

Pero la boda más rumbosa fué la de Anastasia Gordillo, huérfana, y en quien se fijó, para su buena suerte, uno de los rayadores, Ledesmo Torrijos, quien era hijo único, y tenía un poco de dinero.

Todas las muchachas del rancho asistieron a la boda por "lástima", porque la pobre novia era huérfana, y al terminar como Dios manda de casarse, la novia y la comitiva se dirigieron a la casa de Ledesmo, donde ya la madre de este había preparado una comida compuesta de barbacoa y mole; pero al ver el número de gente que llegaba, y por la carencia de muebles, les gritó: ¡Epa, apárense; vayáanse acomodando como puedan, y a la mesa solo pasen de dos en dos... los novios al último!

Naturalmente, la comida se prolongó en forma tremenda, y cuando tuvieron que esperar, por cortesía, que los novios acabaran, la suegra toda envalentonada, golpeó una mano contra otra, como quien se sacude la polilla, y exclamó en forma solemne:

—Señoras y señores: ya se acabó la poque-

dad que había; ahora, cada quien láruese pa su casa. Y ustedé, novia, abájese el velo, coja la tinaja y vaya a trair agua, que no se casó para estar chula.

Y de esta manera pintoresca, se suceden las bodas, en los ranchos de la Laguna.

Pero si esto sucede por lo que toca a las bodas, lo de los noviazgos es una cosa chusca; siempre, cuando hacen el amor, los campesinos expresan sus sentimientos con música; y como en este ramo hay amplísimamente canciones para todos los gustos y las necesidades, resultá que cuando quieren insultar a la novia, le dan un "gallo", cantándole su despecho en insultos, y si es de amor... ya inventarán las más dulces palabras que ya quisieran para sí los más grandes poetas.

El comienzo de un noviazgo se inicia con cualquier pequeñez, como en todas partes. Así se dió el caso de que en un baile se encontraran Francisco el vendedor de pájaros, y Felipa la aguadora; él le pidió el pañuelo y la muchacha, de buena fe, se lo concedió; este hecho, fué suficiente para que Francisco pensara que era correspondido, y se "lanzó" como los buenos, en términos de amor, esperando, naturalmente, no ser desairado; pero resulta que la pretendida, en todo pensaba menos en corresponder, porque era una inge-

nua que no había entendido el significado de la petición del pañuelo y creyó que Francisco lo necesitaba única y exclusivamente para sonarse las narices. Nunca hubiera contestado ella que no, allí fué donde; Francisco profundamente ofendido, platicó en todo el pueblo que le había puesto a la coqueta un "pasquín", clavándole este pasquín en la puerta de su casa, y con el pañuelo hecho "tiritas", como bandera en desgracia...

—¿Y qué decía ese pasquín?—Preguntaban las comadres regocijadas, mientras que miraban los pájaros.

—Pos como sigue: "A la berrenda Jelipa, hija de tía Jelipa la cabezona, comprometedora de hombres":

Tengo pecho de cantera,  
corazón de piedra dura;  
me he burlado de otras mejores,  
"conti más" de tí, basura.

Y por este tenor, seguían unos versos más que eran todo un monumento de despecho. Todo el rancho festejó graciosamente esta ocurrencia, y en lo sucesivo, cuando alguna muchacha a otra le contaba de sus pretendientes, decía cerrando un ojo: Fulano me pide el paño...



## IV

Pero no todo es vida y dulzura en los ranchos de la Laguna; en todos ellos se agita al supremo anhelo del campesino: poseer un pedazo de tierra; en todos ellos se agita el deseo de liberación, de caminar por su pie, pero tienen que ser ayudados por el gobierno, porque la Laguna no se cultiva solo con las manos; el cultivo del algodón, que ellos conocen superficialmente, necesita no solo conocimientos especiales, sino tambien, especialmente, dinero y sobre todo, corazón; nadie ignora los riesgos que corre el agricultor que puede hacerse millonario en un año, si hay buena cosecha, o limosnero, si fracasa en su empeño. No solo hay el problema del agua, sino el de las plagas del gusano rosado, que devastan los campos cuando ya el agricultor cree que ha vencido ampliamente en su combate despiadado y riesgoso con la tierra; no solamente el gusano, el granizo, las tolvane-

ras tremendas, que como en toda zona desértica, se abaten sobre la Laguna, y son un peligro constante que tienen a los hombres perpetuamente pendientes del cielo.

Lo maravilloso es que estos hombres que saben de las tristezas de la espera, de la lucha, de la derrota, y también de la alegría del triunfo, siguen poseyendo íntimamente el corazón del aventurero, y así como juegan al azar con la tierra, juegan con la vida; la vida se ve aquí con desprecio; lo atestiguan bien los hombres revolucionarios que de Coahuila salieron; sino constaran más nombres, dos de ellos son suficientes para cubrirla de gloria: Francisco I. Madero y Venustiano Carranza; el primero, legítimo hijo de la Laguna, donde sus supervivientes todavía residen. Esta tierra ha dado hombres de ideales, de corazón y de bondad; no podía ser menos, ya que aquí se libra a diario, una batalla tremenda con la vida.

Así como en la Laguna se ve con desprecio la existencia, también se ve con desprecio el dinero; no hay hombre quizás más espléndido en todo el país que en la Laguna. Es el tipo clásico del despilfarrado más tremendo. En las fiestas corre la champaña con profusión y se respira alegría, aunque no elegancia. Todavía los hombres de la Lagu-

na no pueden ser otra cosa que aventureros.

Cuando las cosechas son abundantes, todo el mundo, aunque no sea algondonero, se alegra y se regocija, conque fulano haya obtenido buena cosecha, porque saben que en ninguna otra parte de la República, como en esta, depende el bien general tanto del beneficio particular. Si hay dinero, este se derrama entre los campesinos en lluvia de oro, y por ende en el comercio, en la industria, que no toma mucho incremento porque aquí la fuente principal de riqueza es la agricultura.

Cuando el hombre de la Laguna ha ganado bastante dinero, deja una parte aquí, y otra va a tirarla en viajes a España, si es español, y si es mexicano, comienza el éxodo hacia el norte, nunca hacia el sur; y esto es lo malo. En la Laguna pocos son los hombres ricos que conozcan muchas partes de la República, con todo y que esta tiene cosas interesantísimas que ver; el dinero va a dejarse a San Antonio, a Dallas, a Nueva York, y a Europa; los que van a México, en las excursiones especiales, son los empleados, y ocasionalmente, los agricultores, cuando tienen que ver al presidente de la República por asuntos que se convierten en problemas regionales. De otro modo, no; a Estados Unidos no solo va a dar el dinero de los padres en forma de paseo, sino de es-

tudio; casi todos los hijos de la Laguna presumen de hablar inglés, y están educados en Estados Unidos; si nó, en partes más cultas de la América del Norte, en los pueblos fronterizos y bárbaros de Eagle Pass, Laredo, Brownsville o el Paso, o los que desean alejarse más y aprender el inglés mejor, en Dallas o en San Antonio. Estos hombres no saben oír de que sus hijos vayan a Europa o a México, que indudablemente tiene mucha más civilización que Eagle Pass o Brownsville; en cambio, los hijos de los campesinos, de los peones, apenas si tienen en cada hacienda una mala escuela en donde poco se enseña y poco se puede aprender. Los hacendados en cambio, siempre llevan buena vida y se gastan el dinero en forma liberal, confiando, aunque estén llenos de deudas, que podrán cubrirlas, si la cosecha es buena; y en esta espera confiada, no solo envuelven a sus familiares y amigos, sino a los comerciantes, que extienden créditos amplios, esperando la cosecha; es proverbial que en esta tierra los hombres de dinero paguen con "vales", que se les admiten para hacerlos efectivos "cuando se levante la cosecha", o al menos así lo entienden los comerciantes, que aceptan el vale que se le extiende por un día o



dos, y que no se paga hasta unos meses después, hasta los meses de pizca.

De todos modos, aunque no se tenga dinero, se aparenta que se tiene, y se vive como si se tuviera. Todo el mundo lagunero puede acordarse de un tipo español pintoresco y espléndido, jugador, mujeriego, que trajo a la Laguna a muchos españoles, y que hacía el transplante de sus coterraneos, telegrafando a sus amigos de España: "Mándeme un barco de gachupín chico", es decir, de español pobre que pudiera trabajar y fructificar en la Laguna; y así el "gachupín chico", como mercancía, como nueva venta de esclavos, era traído a la Laguna, donde poco a poco y a base de esfuerzo, de trabajo, y otras veces de estafa se logra hacer fortuna.

Este mismo español pintoresco y despilfarrador, a pesar de todos sus defectos, es visto con simpatía, porque no hay fiesta de caridad, ni petición alguna que se le haga de dinero, que no conceda sin regatear, y dándolo todo con gestos de gran señor; cierto que este dinero poco costaba y la gente quedó pasmada cuando se supo que este gran señor adeudaba nueve millones de pesos y aún quería un nuevo empréstito del gobierno del general Calles, para sembrar en sus numerosas haciendas y lo pidió con altanería, con gar-

bo, y cuando se le ofrecieron tímidamente quinientos mil pesos, se rió de los prestamistas en sus barbas y contestó en forma olímpica:

—¿Quinientos mil pesos? Por Dios, señores, esa cantidad apenas si cubriría mis diversiones particulares; apenas si, en un año, me los gastaría en tabacos para mí y para mis amigos.

Después se supo además, que todos los millones prestados estaban combinados en forma de repartición entre este español pintoresco y un político que era figura de relieve como representante público, a nadie le extrañó así, que de los nueve millones el español no tuviera gran cosa.

No solo este español, sino todos los agricultores laguneros siempre recibieron ayuda del presidente Calles, cuando estuvieron necesitados de dinero, y cuando Calles llegó a la Laguna para estudiar los problemas comarcanos y hacer un nuevo empréstito, con sorpresa se supo que el agricultor Fulano y Zutano, que creíase eran millonarios, tuvieron que empeñar hasta su menaje de casa para garantizar el pago... y la gente se alegró, y lo que es más: confió; la ruina de la Laguna todavía estaba lejos, mientras se tuvieran hombres...

Solo que en la Laguna el dinero que se necesita fieramente para vivir vuelve a los hombres

casi primitivos; todavía se recuerdan dramas tremendos, porque no todo es alegría y música, que se escuchaba alegremente por todas partes, cuando el año ha sido "bueno"; se recuerda ampliamente el matrimonio de dos hermanos que se casaron no por amor, sino por no repartir el dinero.

¿Cual fué el final de esta unión? El suicidio de él, y los hijos de este matrimonio que compró la bendición católica hasta Roma, a fuerza de dinero, aún viven y son vistos con menosprecio; hay incestos que no pueden perdonarse, más aún sobre bases tan materialistas. La viuda y hermana es la única que rinde culto a su muerto; todos los laguneros se dieron cuenta que el cuerpo del hombre embalsamado estaba en la capilla del panteón, a la vista; y llegó el desequilibrio de la viuda a tal grado, que en esta capilla suntuosa, se puso ajuar de sala, lujosos macetones con plantas raras, y la viuda iba cada ocho días a vestir a su muerto, y a quitarle la ropa sucia; hasta que la autoridad tomó cartas en el asunto y suspendió esta cosa trágica de vivir con un muerto, atada más que por el corazón, por el remordimiento.

Todos recuerdan también aquel banquete famoso en que resultaron envenenados varios de los comensales, siendo el móvil del crimen,

la posesión de dinero; el responsable de la tragedia, ante la acusación pública, era un doctor; culminó este drama con la muerte de conocidísimo abogado en céntrica cantina, donde se le acribilló a balazos sin darle oportunidad de que se defendiera, solo porque era él el apoderado o tutor de los herederos del dinero causante de la discordia y de la tragedia.

Hay que ver con qué ferocidad pelean unos con otros por la tierra, por el dinero, y como los padres entablan pleito con los hijos, y los hijos con los padres.

Los dueños de las haciendas, señores y amos, era público y notorio que violaban a las mujeres de los campesinos, sin importarles nada el dolor del marido, del padre o del hermano.

Sobre las espaldas de los peones cayó muchas veces el látigo del capataz, y más de un español fué asesinado a mansalva y por venganza, sin que se supiera jamás quién lo había matado, ante el silencio estoico y cómplice de los campesinos, que están siempre dispuestos a todo, menos a delatar.

Por todo lo anterior, se notaba el ambiente impregnado de la inquietud que precede a los grandes acontecimientos, y al cambio del alma, por las emociones.

Los peones organizaban los festivales de costumbre, el baile, y era de ver con qué gusto

danzaban, alzando, al pisar la tierra, grandes nubes de polvo. El regocijo y el vino corrían parejas iguales. Las mujeres miraban a lo lejos, disimuladamente, pero con el rabillo del ojo observaban a sus hombres. Así se formaron las parejas muchas veces disparejas, que en esto del bailar hay sus igualdades, y la señorita, hija del amo, baila con el último de los peones; y la última y más humilde de las mujeres baila con el señor de la hacienda.

Se cantaron corridos, se dedicaron canciones y por último, todo mundo se apartó formando corro, para dejar el sitio a Lázaro Córdoba, señorito de ciudad, y Rosa la tamalera, bonita como una onza de oro, según decían los campesinos. Todo mundo llevaba el compás con los pies y con la cabeza y Rosa, toda arrebolada por el calor que ponía en sus venas el taconeo cimbrante no solo en los pies, sino en las notas del jarabe, tenía en los ojos un remedo de sol y en los labios un color de grana.

Lázaro era su enamorado galán de siempre; venía desde Torreón a verla para contemplar su hermosura, y quería que ella guardara siempre silencio, lo cual festejaban los amigos.

—¿Pero por qué no quieres que Rosita hable?

—¡Ay, mis cuates, si Rosa no hablara, con Rosa me casara! Esta muchacha, es una decepción desde que comienza a abrir a boca.

Esa noche, en lo más apretado de la fiesta, Rosita dejó oír un ruido que no era precisamente el de una nota musical, ni el de un taconeo del jarabe; era otro ruido distinto y único, que la hizo correr espantada, buscando refugio entre todas las mujeres que estaban en la cocina; el pretendiente se quedó desconsolado ante el poco tacto y talento de a novia, parado en mitad de la pieza, escuchando las risotadas de los concurrentes, pero ni tonto ni perezoso, se fué en busca de su pareja, y cogiéndola de la mano, la estiró hacia la sala de baile, mientras ella se afianzaba con todo su cuerpo en la cocina. Lázaro, todo ingenuidad, preguntaba:

—¿Pero, Rosita, por qué no viene usted?

Ella no contestaba, y los ojos se le licuaban en llanto.

—Vamos, mujer, no sea tonta, anímese.

—Oh. ¿pero no se dió cuenta su mercé lo que me pasó?

—Venga usted, yo lo arreglaré todo, tenga confianza en mí.

La estiró de la mano y, casi a viva fuerza y con palabras de convencimiento, la hizo de nuevo colocarse en mitad de la pieza, mientras le susurraba al oído: tenga confianza, yo lo arreglaré, verá que bien lo arreglo.

—Señoras y señores—gritó—, la señorita Ro-

sa se aflojó, pero no se aflojó ella, me aflojé yo.

Con esta aclaración heroica, la ingenua muchacha se dió por convencida, creyó que estaba salvada del ridículo y siguió la danza con más ímpetu, mientras el corro entusiasmado aplaudía.

En uno de los rincones más apartados de la fiesta, algunos de los hombres murmuraban:

—De verdad se rumora que se comenzará el reparto de tierras; que la primera colonia agrarista será la de la Goma.

—No puede ser.

—Sí que lo es, nuestra salvación está en unirnos, ¿comprenden? En unirnos.

El que hablaba de este modo era un hombre disfrazado de charro, compañero inseparable de un político de fuste, y que andaba por los ranchos haciendo campaña en favor de su candidato, y de paso, politiqueando también con los campesinos sobre los repartos de tierra, sembrando el desconcierto, la inquietud, la duda. Hasta aquel día los hombres casi habían vivido como bestias, él les proponía, en forma poco inteligente, que vivieran como hombres, y ellos tenían miedo.

—¿Cómo nos uniremos?

—Formando un sindicato.

—Pero el patrón no nos dejará.

—No necesitan consultarlo al patrón; la o-

bra de la revolución está llegando a todos los rincones, el gobierno está apoyando y dando facilidades al campesino, para que trabaje, la hora de la libertad, está cercana.

—¿Cuál libertad?

—La libertad, si ayudan ustedes a mi candidato, y si este sale triunfante, hará que su amo les construya casas mejores, y sobre todo, apoyará al sindicato en sus peticiones pero antes, necesitan organizarse y formar un "frente único".

—¿Y qué es eso de frente único?

—¡Ay, qué brutos!, pos frente único es que todos tengan una sola idea, y un solo ideal, que...

—¿Un ideal?

—Sí, hombre; un ideal, es decir, que luchen desde ahora por su mejoramiento.

—¿Y cómo favoreceremos al amo? ¿Cómo saldrá su candidato triunfante? ¿Cómo votaremos por él?

—No votarán de favor, irán ustedes por cincuenta centavos, un vaso de cerveza y un plato de barbacoa, y tendrán que gritar que viva Ledesma, y si triunfa Ledesma, ustedes tienen asegurado también su triunfo.

—¿Quedrá el amo que váyamos?

—Yo arreglaré eso con el amo.

—Muchos no sabemos ni siquiera escribir.



—Da lo mismo, harán una cruz sobre la papeleta.

—¿Cuál papeleta?

—El papel donde votan, hombre, ya allí les dirán...

—¿Adonde iremos a votar?

—A Torreón. De allí regresarán en camiones, luego que termine la votación.

—A la mejor, nos está asté "vacilando".—Expresión muy lagunera, que significa: "Nos está tomando el pelo".

—Bueno allá ustedes, ya saben, un tostón, el pasaje de ida y vuelta, un plato con barbacoa, y un vaso de cerveza.

—¿Y si hay tiros?

—No sean tontos, Ledesma es el candidato del gobierno.

Interrumpió esta labor de convencimiento un grito de mujer, tremendo.

—¿Qué pasa?

Cuando voltearon, vieron en mitad del patio, en un charco de sangre, el cuerpo de Lázaro Córdoba, teniéndose con las manos, los intestinos, que estaban de fuera.

—¿Quién lo acuchilló?

—En la bola, ni se supo.

Interrogatorios del juez, amenazas, castigos, nada hizo que los campesinos despegaran los labios.

Cuando al día siguiente se encontró el rayador con un peón flaco, enteco, callado, le dijo:

—¿Eh, tú no comes?

—Sí, señor, pero nada que engordo.

—No hay gavilan que engorde, hijo, todo se les va en volar.

—¿Qué jijos me dice asté? ¿Qué quiere darme a entender? ¡A mí con habladitas, no; si quiere, como los hombres!...

—Cálmate, si es por lo de la Rosa, no hemos hablado todavía, me parece, y para que engordes... no vuelas tanto, jijo.

El peón se quedó flaco, enteco, paralizado, mientras en una de sus manos la hoz relucía como un espejo...



## V

Cuando el líder logró convencer a los rancheros, ya cerca de las elecciones hubo un movimiento tremendo en todas las ranherías. La mayor parte de los campesinos tomaban parte en la elección, por paga, y en la generalidad, estaban para votar por el candidato González. Los dueños de las haciendas, por su parte, permitían este éxodo perjudicial, por un día, interrumpiendo sus labores, porque no deseaban malquistarse con el gobierno; pero doña Eustaquia dijo que sus hombres no irían, si no iban por convicción y sin paga, y que no le importaba nada de las amenazas de los líderes, porque a ella no la compraban con un plato de lentejas.

—Pero mi ama, si estamos sindicalizados, y es orden del líder.

—Pues estarán sindicalizados, pero si no van por convicción, no van. ¿Quién es Ledesma? ¿Qué cualidades lo adornan? ¿Cuales son sus

promesas y qué posibilidad hay de que las cumpla.

—No lo sabemos, solo sabemos que es Ledesma, y que es el candidato del Gobierno.

—¿Cuanto les pagan por ir? ¿Cincuenta centavos y una barbacoa? Todo eso tendrán, pero no vayan.

—El sindicato...

—Ya sé, me plantarán la banderita, ¿no? Pues plántenla, hijos, plántenla; los desocupo a todos, les pago tres meses de sueldo, y arreglados.

—Mi ama, usted no hará eso.

—Ya saben que sí.

—Se quedará usted sin trabajadores.

—Los traería de otra parte. A todos ustedes los he visto crecer, ya estoy vieja y solo tengo este par de sobrinos que ya están mayorcitos y pueden caminar por su pie; en último caso, les obsequio el rancho, y hagan de él lo que quieran; más bien dicho, se los he obsequiado ya; mañana les leeran públicamente mi testamento: una parcela, una casa, una vaca, un caballo para cada uno de ustedes; cuando me muera, mis sobrinos no vivirán aquí porque no tienen la vocación del campo. Ya verán ustedes por sus propios ojos si los quiero o nó, y si son ustedes como unos hijos para mí, o nó; déjense de sindicatos, ya saben

ustedes que conmigo lo obtienen todo, siempre que lo que pidan sea justo.

—Pero ahora hemos prometido ir.

—¿Quieren ir? Pues vayan, pero no acepten dinero, convénzanse de que los hombres tienen que cometer el acto de votar por voluntad propia, por convencimiento de que el candidato que prefieren es digno de regir a un pueblo. Si no es así, no voten, y menos acepten paga encima. ¿Cuándo saldrán?

—Mañana.

—Bien, se llevarán los camiones del rancho, se llevarán la barbacoa que prepararán hoy en la noche, y no aceptarán dinero; si no se portan como les digo, peor para ustedes. Ya saben que conmigo no hay juegos.

Los peones desfilaron en silencio, y les interrumpió la marcha el grito de doña Eustaquia:

—¡Oigaaan!

—¿Mande, nuestra ama?

—Comiencen los aniegos, aunque duren toda la noche trabajando, ¿me oyen?

—Sí, mi ama, despues de cenar. Habrá necesidad de trabajar toda la noche.

—Hay luna.

De nuevo continuó la caminata, y cada hombre se perdió en su casa, hasta que el patio quedó limpio, en silencio, envuelto en las luces del crepúsculo. Doña Eustaquia también entró

a la casa grande, y se dirigió al comedor. Allí estaban los sobrinos. Gracias a Dios que únicamente quedaron dos. El recién nacido murió. Tenía que pensar en sus hijos, porque para ella, estos dos sobrinos, rubia la una, moreno el otro, eran hijos.

Los dos la atendían solícitos, se miraban y se sonreían. A esta la molestaba y la halagaba al mismo tiempo, tanta solicitud.

—Vamos, vamos—exclamó—, parece que los niños se sienten personas mayores, y que yo he vuelto a la infancia; menos arrumacos y tomen sus sillas; coman por su cuenta, que yo todavía tengo manos.

Por un instante, solo se escuchó el sonido de las cucharas en los platos. Doña Eustaquia, de pronto, levantó la cabeza y miró a sus sobrinos.

—¿Qué quisieras ser tú?—preguntó de repente, a Manfredo.

—¿Yo?—respondió sorprendido.

—Sí, tú; ya despues le preguntaré a la mo-  
cosa. Les hago esta pregunta para que vayan pensando en la respuesta.

—Si usted no lo toma a mal, yo quisiera ser médico. Quizás se pudiera establecer en el rancho un sanatorio donde acudirían todos los enfermos de los ranchos vecinos. Además, si usted nos va a dejar el rancho, estaré en

condiciones de poder atenderlo, si al par que la medicina, tomo un curso de agricultura.

Doña Eustaquia guardó silencio, pero bien sabía ella que tenía su testamento arreglado de tal modo, que el rancho sería de todos, porque ella se había anticipado con mucho tiempo a la aplicación práctica de las teorías socialistas, y era esto último por convicción; la riqueza excesiva siempre le había estorbado. No tenía hijos y estaba vieja; pero quería que el rancho fuera repartido entre gente que pudiera trabajarlo y hacer algo por él. Si el sobrino resultaba con sus mismas ideas todo terminaría maravillosamente, pero si se le metía el diablo de la ambición, o a la sobrina...

—¿Y tú?—preguntó doña Eustaquia a Elvira.

—Tía, yo... quisiera casarme.

La muchacha se puso roja y no dijo ya nada solo sabía que era muy mujer y que deseaba un hombre, eso era todo.

—El matrimonio es carrera difícil, créemelo.

—¿Tienes novio?

—No.

—Poca prisa te has dado.

La muchacha guardó un penoso silencio y se puso más arrebolada aún, cuando miró a su hermano con una mirada húmeda, y articuló:

—Tía, ojalá y encontrara con quién casarme, y ojalá pudiera tener muchos hijos, para que

ellos fueran los peones del rancho; me appena ver gente extraña aquí; solo quisiera que fuéramos una enorme familia.

La tía Eustaquia se quedó con la boca abierta, mirando asombrada a su sobrina, demasiado ambiciosa, demasiado egoísta... y quería casarse. Solo pudo murmurar:

—Como todavía no te casas, y no hay candidato de tu agrado, o al menos hombre que hayas escogido, el único problema es tu hermano. Mañana mismo saldrá para México a estudiar en la preparatoria.

Al muchacho le rebrillaron los ojos, mientras Elvira, con las pestañas bajas, tuvo enredados los ojos en ovillos de lágrimas.

—Por lo pronto, hijo mío, vamos a ver el aniego y ayudaremos.

Manfredo y doña Eustaquia salieron de la estancia, y en el cuarto callado, se escuchó música de sollozos, como la voz de una marimba lejana.

La tía y el sobrino escucharon y caminaron en silencio; los pasos bordaron el camino con la inquietud que se decía sin palabras.

En el patio ya esperaban los peones aglomerados en deseos de servir. Doña Eustaquia con la linterna de mano, avanzó y se puso a la cabeza de sus hombres, que en multitud, se dirigieron a los lotes preparados.



El campo bañado por la luna, tenía semejanza a un tablero de ajedrez; perfectos eran los cuadros, y perfectos eran los bordos que los separaban, perfectas las pequeñas divisiones por donde pasaría el agua.

Los hombres se pararon diseminándose en los cuadros, y el agua empezó a salir del canal, a llenar el primer cuadro hasta los bordes, y a pasar al segundo. Lo hombres, descalzos, con los pantalones hasta la rodilla, remaban con las palas.

Doña Eustaquia se repartía con sus hombres y con las linternas.

Los hombres avanzaban a lo largo de los cuadros, con las linternas en la mano, como luciérnagas. La luna seguía poniendo tonalidad de plata en el agua y los hombres alargaban la sombra, hasta hacerla gigantesca, sobre la tierra removida.

Las horas avanzaban lentamente, y los hombres pasaban de un cuadro a otro, como si se alejaran de la laguna, y el agua les pisara los talones. Otros asemejaban naufragos con las manos estirando el pantalón, hacia arriba, y el agua alcanzándoles las rodillas; cuadro inundado, y preparado, cuadro dejado atrás, en avance de hombres que con las piernas al aire estaban dispuestos a surcar kilómetros de tierra para luchar con la vida.

El tiempo transcurría monótono, y el agua parecía no avanzar nunca...

Al fin, a las cinco de la mañana, quedó un lote completo anegado, los hombres con los miembros inferiores rígidos de cansancio y de frío, emprendieron la caminata de regreso, afirmando los pies sobre la tierra, por vía de masaje.

Doña Eustaquia, los cabellos blancos al aire, y la linterna en la mano, regresó como siempre a la cabeza de sus hombres. Eran las cinco de la mañana. Se rompió el silencio por la voz tronante de doña Eustaquia.

—Mañana, el otro turno inundará el otro lote; si no se acabala con el agua del canal, se utilizará el agua de las norias.

Los hombres quedaron en silencio, con la cabeza inclinada, mirándose los pies.

—En la mañana, de acuerdo con las órdenes, se oyó el zumbido de los motores de las norias, puestas en movimiento, vomitando el agua.

Los hombres, con las camisas empapadas, como si en lugar de los pies se hubieran metido todo el cuerpo en el agua, rindieron su informe:

Había tres lotes anegados.

Eran las siete de la noche.

El otro turno trabajó de nuevo hasta las cinco, y los hombres, como bestias cansadas, tira-

dos en el suelo de su casa, estiraron los miembros doloridos sin ánimo de abrazar a las esposas.

Otro día, a las diez de la mañana, fueron entrando uno tras otro, como los borregos que llevan al matadero, en los camiones del rancho, para ir a la votación.

El sol caía sin piedad y hacía redondeles en los sombreros de petate, que ponían sombras siniestras en los rostros de líneas convexas.

Uno tras otro, los camiones acarrearon hombres.

El rancho quedó en silencio, turbado solo por el palmotear de las mujeres, que inquietas, lanzaban a la canasta los discos blancos de las tortillas.

Doña Eustaquia contempló desde su casa como avanzaban los camiones, como elefantes magníficos, perdiéndose en el camino polvoso y sonrió con tristeza; no había nada en el mundo que pudiera detenerlos, eran más ignorantes que los animalitos del campo, y más pobres aún, porque se habían olvidado del instinto.

Dos horas de camino, al fin se divisó el campamento militar, y a los hombres les brincó el corazón de alegría: habían llegado a Torreón, los campesinos, desde la altura del camión, como fieras enjauladas, veían asombrados las calles asfaltadas, las mujeres vestidas a la

moda, los hombres de tez pálida y pantalón de casimir.

Avanzaba en línea recta el camión por la avenida Juárez, y se pasó en azoro de hombres el Hospital Civil, donde seres como bestias, con las batas al aire, miraban en desesperación a los trausentes, que no se detenían... Los hombres, en rápida visión, solo vieron que aquellos enfermos tenían camisa de manta, como ellos, pero un poco más larga; les llegaba a la rodilla, y sin querer, los compadecieron, aunque no comprendían que aquella casa de paredes blancas y de rejas escuetas, fuera el Hospital. El camión siguió avanzando por la misma avenida, luego torció por la avenida Morelos, donde estatuas desnudas, hicieron relucir en los ojos, miradas de lascivia.

Se detuvo por fin la caravana frente a la plazuela Juárez. Fueron bajándose los hombres uno a uno, y contemplaron el sitio: la plaza Juárez, con la estatua del Benemérito, toda en granito negro; enfrente de la estatua el palacio municipal, con dos leones pomposos a la entrada; entre el palacio municipal y la estatua de don Benito, un kiosko donde estaba de pie un orador.

Los hombres se alinearon, entre la multitud, vigilados por el líder. Se revolvían, im-

pacientes, no querían oír. ¿De qué hablaba aquel hombre? De libertad, de justicia, de reivindicación social, de más sueldos, de... el calor insoportable hacía que de los hombres se escapara el sudor en manantial incontenible y los pañuelos rojos, comunistas, limpiaban el sudor y al limpiarlo, con fastidio, parecía que los hombres se sacudían las palabras, que de antemano, por instinto, consideraban falsas...

Los hombres fueron mandados a votar, y desfilaron uno por uno frente a la casilla, poniendo en la papeleta su cruz. Parecía que esta cruz, como el R. I. P. de su hombría, de su ciudadanía, de su dignidad... sin saber por qué, se sentían desconsolados.

Después de la votación, allí mismo, calcinándoseles el buen carácter, por la impiedad del sol, les repartieron los lonches de sardinas y barbacoa; por la tarde, uno por uno, subieron de nuevo a los camiones y regresaron, cabisbajos al rancho. Llegaron al anocher, y ante el camino iluminado por la luna, no tuvieron valor para contemplarse en silencio las caras...

Cuando entraron a sus casas, las mujeres preguntaban tímidamente:

—¿Ya votaste?

Y los hombres, fingiendo suficiencia y satisfacción, contestaron enfáticamente:

—Sí; prepare la cena, vieja, que vengo muy cansado.

La mujer, humilde, caminó en puntillas, y el hombre tieso sobre la piedra que le servía de asiento, se sintió el amo, como siempre, y comió tranquilamente a dos carrillos...



## VI

Al día siguiente, doña Eustaquia, arregló con los ojos secos y las manos temblorosas el equipaje del sobrino, le compró el boleto en la estación, y lo fué a dejar a ella. Manfredo iría a la capital; sería médico, como eran sus deseos. ¿Para qué era el dinero, pues? La familia caminó en silencio, horadando la tierra las mujeres con sus tacones, y Manfredo, el paso largo del que quiere huir de un lugar que molesta. Llegaron a la estación y el tren se miró a lo lejos, negro, imponente. La tía Eustaquia miró acercarse la máquina; miró el penacho blanco como una pluma de sombrero antiguo, y en sus ojos secos se retrató la conformidad. Elvira, no; Elvira con los ojos relumbrantes en lágrimas, que parecían cristal, todo lo vió empañado; vió en neblina como se iba el hermano; vió en neblina los carros verde olivo y la máquina negra; y, como si viniera de muy lejos, el ruido del tren al poner-

se en marcha. Cuando regresó a la casa, parecía una sonámbula.

La tía Eustaquia, apresuraba su paso ya viejo, y sus manos sarmentosas dejaban entre sus labios el cigarro de hoja con el mismo gesto ingenuo con que los chicos ponen entre sus labios un silbato. Pensaba: será médico. Luego miró distraidamente las norias. Allí estaban con sus motores de potentes caballos de fuerza eléctrica, consumiendo energía que costaba un ojo de la cara a los laguneros. El kilowatt estaba por las nubes. Si los agricultores quisieran, en un año de abundante labor, podrían unirse e instalar planta eléctrica propia, pero no; como en la Laguna, la mayor parte de los agricultores son extranjeros, este proyecto no pasaría de quedarse en eso: mientras tanto, que los siguiera explotando yanquilandia, que se siguieran llevando los extranjeros el dinero; que siguieran dominando al país por medio de la dictadura comercial inescapable.

Estas cosas sucedían al agricultor que era propietario como al infeliz que tenía la mala fortuna de convertirse en arrendatario, tenía que pagar sumas exorbitantes, en forma de pago anual al arrendador, y encima tenía la obligación ineludible de construir norias, hacer mejoras, etc., y todo se quedaba en be-



neficio de la hacienda, al terminar el contrato. Al arrendador no le importaba el mal o el buen tiempo; él tenía que recibir el precio de su arrendamiento anual, sin moverse de su asiento, sin hacer nada más que poseer unos buenos pedazos de tierra para sembrar algodón. Otros agricultores tenían más lotes de los que podían sembrar. Allí estaban los Arrieta que en un año dejaron cuatro lotes anegados, inmisericordemente, y no los rentaron, porque se les quería pagar únicamente el 15% y ellos querían el 30% sin hacer nada, y prefirieron que las tierras quedaran negras, inertes, y los hombres con los brazos caídos, pero la tierra no se sembró, y a ellos no les importó perder unos cuantos miles de pesos, ni les importó un comino que otros no pudieran ganarlos, y que los hombres no trabajaran.

Por otro lado, estaba el problema agrario tremendo. Doña Eustaquia no había tenido huelgas, ¿para qué? Trataba a los peones como hijos, les tenía casas acondicionadas en forma moderna, pero los hombres, de acuerdo con sus viejas costumbres, a pesar de que había sillas, se sentaban aún sobre piedras; esto entristecía a doña Eustaquia. Ojalá algún maestro competente quisiera venir desde México a instruir a sus peones; ya que la hacienda tenía que pagar al maestro, que es-

te fuera bueno de verdad; que viniera y les despertara la inteligencia, para que pudieran apreciar lo que les dejaría a su muerte, y aprovecharan como era debido esta herencia: una casa, un lote, un caballo, una vaca...

Ella siempre había creído, como su marido, desde hacía muchísimos años, desde que recién llegaron a la Laguna, que la tierra debía de ser para todos. Nunca tuvieron deseos de acaparar, de atesorar... Su hombre fué lo mismo; un peso jamás fué sol que le alumbrara la vida.

Vió transcurrir desde un principio la vida en la Laguna, caminando al paso de aventureros entre los que no faltaron hombres de corazón y de nobleza, pero aventureros al fin; vió cómo la ciudad se fué engrandeciendo, y el anillo de haciendas ensanchando; vió cómo los ferrocarriles cooperaron en forma grandiosa a esta riqueza; contempló cómo la tierra devolvió al hombre, con creces, sus esfuerzos; supo del capital repartido en unas cuantas manos y del campesinaje enfermo que clamaba una poca de clemencia, un poco del dar de migajas ricas, un poco del dar, del buen dar, de pequeñez de justicia.

Ahora, los hacendados temblaban ante la labor del gobierno; temblaban ante los líderes; no vacilaban en dar miles y miles de pesos

a estos hombres impíos, para arreglar sus conflictos, y sin embargo, les dolía el corazón dar todas estas cantidades a sus campesinos en forma de mejoría para su salud y su vida; en forma de hogares, que bien pudieran haberse construido contratando los servicios de alguna de las compañías de cemento y haber pagado estas casas en el plazo de cinco años; pero la avaricia podía más que la razón, y los peones seguían desnudos, escuetos, tristes... pidiendo justicia.

Ella no tenía por qué inquietarse, quería poco, y vivía con poco; siempre procuró el bienestar de los demás, porque supo de la inmoralidad de la ambición desmesurada de bienes terrenales, y sabía más por intuición que por cultura, que el mucho poseer cambia el sentido de la vida verdadera en el alma de los hombres.

Sí, que se repartiera su hacienda a sus campesinos, sin distinción, su reparto no sería un fracaso, ella evitaría que fuera semejante al desastre de la colonia agraria de la Goma, donde repartió el gobierno las tierras a quienes no podían laborarlas, a quienes no las amaban; en cambio, el Perímetro Lavín, que no había producido verdaderamente lo que debía, nunca fué repartido, comprándose en cantidades liquidables en el transcurso de

los años, entre hombres de actividad y de trabajo, y producía a manos llenas.

Si las autoridades fueran un poquito idealistas, si el presidente municipal y el gobernador del Estado ayudaran, las haciendas podrían ser otra cosa que hacinamientos de hombres miserables; pero ni la ciudad misma, a pesar de todo su modernismo, podía ufanarse de mucho; contaba con dos o tres avenidas asfaltadas, largas, como pistas de carreras, con parques pelones de céspedes, con fuentes de aguas legamosas, circundada toda por un anillo de barriadas miserables, infectas, que necesitarían quemarse para hacer de Torreón una ciudad nueva, con perfiles de ciudad, que solo de nombre tiene.

Pueblo pequeño, un rancho más, en que a pesar de todo el dinero, no se cuenta con una sola biblioteca, con una sola escuela de artes y oficios, con una cultura ya no sólida, sino siquiera rudimentaria. Cierto, la ciudad es joven; pero los gobiernos que le han tocado en suerte, han sido desastrosos; los políticos, como los agricultores, tienen sed de dinero. Dinero, dinero, dinero... pero aquí el poderoso caballero, solo lo es de relumbrón.

Con los hombres de trabajo que cuenta la Laguna, y con un buen gobierno, la ciudad se transformaría en cosa nunca vista, ya que

los laguneros dan dinero para todo, como se les pida; pero se pierde miserablemente como cuando dieron su millón de pesos para que se petrolizara la carretera de Torreón a San Pedro; se dió el millón, se comenzó la obra, pero la petrolización, a pesar del millón de pesos, no se vió nunca...

Administraciones hubo que no hicieron nada, y otras que por toda obra de gobierno dejaron como recuerdo dos fuentes llenas de azulejos horribles, en que el agua se veía en el fondo, turbia de tierra. Tanto costaron esas fuentes, que el caricaturista de la ciudad, un muchacho Aranda, con grandes disposiciones, las dibujó en caricatura y en parodia de cierta canción escribió:

Dichosas fuentes  
que aunque corrientes  
¡ay!, nos costaron  
cincuenta mil.  
El muy ingrato  
se fué, y nos dejó,  
¡ay!, este recuerdo  
qué caro costó.

Pero siquiera este funcionario dejó dos fuentes, otros, ni eso; los balances mensuales que publica en el periódico "El siglo de Torreón", el

Presidente, con la confesión más cínica de la malversación de fondos y no importa que el periódico diga todos los días la verdad, nadie oye este clamor, porque todo el mundo pone oídos de mercader. Y es que los hombres de la Laguna, aran sus campos, tienen dinero, pero no saben imponerse, exigir responsabilidades a funcionarios ineptos y cínicos. Torreón seguirá progresando con el mínimo de los esfuerzos por la riqueza de sus tierras, y por ser un centro ferrocarrilero de importancia, no porque sus ciudadanos tengan amor desmesurado por el progreso cultural, ni porque sus funcionarios públicos sean ejemplares dignos de aplauso. Torreón seguirá progresando comercialmente, pero culturalmente está en pañales y seguirá estándolo por mucho tiempo. Sus hombres están tan ensimismados en la agricultura, que no hay un centro fabril de importancia en una región que es productora de algodón; la misma manteca de algodón es traída de Monterrey, y en cuanto al comercio, está acaparado por árabes que no han fundado siquiera un centro de recreo digno de visitarse; se casan entre ellos hacen sus casas para vivir, y paremos de contar; el español, no; el español, espléndido por naturaleza, tiene su casino, se mezcla noblemente con el pueblo, y si va y deja su dinero a

España, en viaje de placer, vuelve a la Laguna y muchas veces aquí muere, aquí queda su familia, su espíritu, su dinero. Así pues el capital, casi en su totalidad, es extranjero; queda a los naturales el recurso de la empleomanía, o del campesinaje anónimo. Esta es la principal causa de que la Laguna no tenga perfiles de carácter ni alma propias; la clase media está integrada por empleados, y la clase media culta, integrada por profesionistas, sigue como de costumbre, estancada, abarrotada de prejuicios, todo mundo tiene miedo a decir algo, se concreta a vivir, a comer, a dormir...

Si todos los habitantes del país tuvieran el amor por su patria como los hombres de Monterrey, el país estaría salvado; pero en Monterrey la industria es floreciente porque en su mayoría el capital es mexicano, y todos los habitantes en general son fuertemente regionalistas, no perdiendo esta cualidad ni siquiera cuando dejan el terruño; así es como a pesar de la competencia cercana de Laredo han podido vencer al coloso del Norte y lo han dominado de tal modo, que muchos americanos vienen a dejar su dinero a Monterrey, que cuenta con magníficos alrededores.

En la Laguna hay hombres de trabajo, con cualidades muy grandes, pero el capital es extranjero, y en la mayoría enorme de los

habitantes, falta lo principal: inteligencia y carácter.

A pesar de que la Laguna es rica, gran número de sus habitantes no gozan de riqueza, y por lo general, principalmente en los campos, llevan una vida miserable.

El reparto agrario había comenzado a hacerse. Grandes latifundios se habían repartido, a pesar del disgusto de sus dueños, que estimaban injusticia lo que solo era necesario: repartir el capital, dejar que los hombres tuvieran todos el derecho enorme de vivir; pero a pesar de la buena voluntad del Gobierno, fueron redondos fracasos agrarios los de Gilita y la Goma; los agricultores no solo dieron las haciendas sino medio millón de pesos para norias, dinero que no se supo donde quedó, porque las norias no se hicieron, y los campesinos continuaron trabajando estilo jornal, por uno cincuenta diarios o un poco más, pero de todos modos, no se obtuvo el fin que se persiguió, por la falta de preparación de los que obtuvieron las tierras. Al agricultor no lo hace solamente la tierra.

Como toda obra administrada por el Gobierno, el reparto de tierras se prestaba a muchos negocios completamente sucios, y la filtración del dinero, como siempre, incontenible.

No tardaría en estar repartida la Laguna por



entero y el problema agrario solucionado; pero eso no era todo, era el principio de una época mejor, si solo los que manejaban el dinero lo hicieran con honradez.

Mientras que el gobierno sostuviera al agricultor improvisado, todo iría bien, con excepción de que los aperos, administración, etc., costarían "un ojo de la cara", ya que entre los empleados del Gobierno siempre reina el desbarajuste y el abuso; es indudable que el dinero, al estar repartido en muchas manos, tendría una circulación mayor, pero ¿cuánto tiempo podría el Gobierno sostener al agricultor improvisado? ¿A cuántos abusos se prestaría el nuevo modo de distribuir la riqueza? ¿Cuántos apasionamientos serían perjudiciales como antes lo eran los latifundios?

El hombre que siempre ha perseguido el dinero como una de las principales causas de su existencia, torcería cualquier programa y se formarían nuevos latifundios, y surgirían nuevos déspotas del poder y del dinero.

Muchos de los hombres, que fueron viejos trabajadores, quedarían sin empleo, y sin dinero, y en su lugar se instalarían otros con escasos conocimientos y derechos.

Los artículos de primera necesidad, ya empezaban a subir, y las cosas tomaban un cariz que presagiaba la tempestad.

Quando la labor meritoria del Gobierno llegara hasta su hacienda, ella ya habría hecho el reparto, con justicia y con cariño, entre sus peonés: a los que merecían más, se les daría lo justo; a los más perezosos se les entregaría menos; a los más capaces y con gran número de hijos, se les darían mayores seguridades.

En su hacienda había norias, aperos de labranza, y sus hombres estaban suficientemente organizados para vender directamente sus cosechas; el Gobierno se encargaría de mejorar los precios.

Muchos batallarían, como siempre, al contemplar sus campos llenos de algodón, con la plaga incontenible del gusano rosado, o agotados por la sequía, y si perdían cuando se jugaran sus esfuerzos y sus esperanzas, en un albur a jugarlo todo, o a perderlo todo, sabrían decir como los viejos laguneros:

"Puede que 'lotro año..." Y con la misma fé, volverían a volcar su corazón sobre los campos; y si ganaban dirían de todos modos, esperando el año mejor, la eterna frase optimista de la Laguna: "Puede que 'lotro año..." Puede que 'lotro año llueva más. Puede que 'lotro año levantemos mejor cosecha. Puede que 'lotro año suba el precio del algodón... "Puede que 'lotro año..." ¡Mientras haya laguneros, siempre se tendrá a flor de labio esta frase, se jugará la vida entera

en un albur a ganar o a perder, y se morirá de pié, pero luchando.

Si faltaban hombres, siempre quedarían mujeres, mujeres de la Laguna con el corazón bien puesto, en las que no se podía desmentir la herencia valerosa de aquellas que acompañaron a los viejos "pioneers" laguneros en sus luchas tremendas y en sus triunfos clamorosos.

Los pensamientos de doña Eustaquia fueron interrumpidos por los gritos de uno de los peones.

—¡Mi ama!

—¿Qué?

—Allí, en el jacal de los López, que una mujer se desangra.

Doña Eustaquia caminó a pasos largos y entró al jacal donde la mujer, tirada en un jergón, con estoicismo nacido de la inconsciencia, veía fluir su sangre, sin que se moviera uno solo de los músculos de su cara.

Los López eran de las familias que no pertenecían al rancho, de las que venían en tiempo de abundancia, en tiempo de pizca, a la Laguna por eso no tenían casa propia como los demás campesinos.

Doña Eustaquia con la piedad retratada en el rostro, ordenó:

—Prepara el camión que se lleven a esta

a esta mujer a la ciudad, al Sanatorio y que se le cure rápidamente.

Los campesinos se miraron atemorizados. Temían al médico y al Sanatorio; para estas pobres gentes, poco acostumbradas a curar sus enfermedades en forma científica, significaba demasiado ir a un Sanatorio, donde se prohibía la visita diaria y en donde en muchas ocasiones, solo se les entregó el cadáver de los seres queridos.

Temían al médico y al Sanatorio, y tenían razón en temer. Obligados por la Ley del Trabajo, los hacendados tuvieron que dar médico y medicinas al campesino, y para lograr esto en la forma más económica posible, firmaron igualas con los sanatorios de la ciudad; igualas miserables que materialmente, por mucho que lo deseara el médico, poco servicio podían dar en pagas tan raquíticas. En casi todos los sanatorios se obsequiaba el trabajo del médico, y mal se cobraba por la curación de los campesinos enfermos; pero no podía ser de otro modo. Ninguno de los hacendados había propuesto jamás que se instalara un sanatorio con todos los adelantos modernos, con médicos exclusivamente dedicados a los enfermos de las haciendas, bien remunerados; en todas las haciendas se cuidaba escrupulosamente del ganado más de lo que se cuidaba de los hombres.

Doña Eustaquia pensó que ella también había cometido ese pecado, el de firmar una iguala, pero poco podía hacer ella sola, aunque haría algo. Al recibirse su sobrino de médico, como era hombre de corazón, podría instalarse aunque fuera un pequeño sanatorio donde los campesinos de su hacienda tuvieran lo que necesitaran para su mejoramiento.

En el hogar de los López, los hijos de la enferma la lloraban, anticipadamente, como muerta.

A lo lejos, entre el polvo, se perdía el camión como un carro fúnebre...



## VII

Los enormes tableros de los campos se veían como delicioso jardín. El algodón abría sus copos en forma de polvera femenina. La tierra producía, a pesar de que en 105 de los ranchos, existían huelgas por la falta de voluntad de los patrones de firmar los contratos colectivos de trabajo, a pesar de los líderes explotadores de la ignorancia del campesino, a pesar del egoísmo del hacendado, de la ambición de los acaparadores, ¡a pesar de todo!

La ciudad estaba toda de fiesta. El comercio cobró nuevo brillo, y por las calles asfaltadas de Torreón, se veía desfilan la enorme caravana de labriegos venidos de lejanas tierras—de Zacatecas, de San Luis Potosí, de Durango—, a las pizcas de la Laguna, a la bonanza que inundaba la Comarca, como si cada planta de algodón fuera un costal de plata.

Entraban a la ciudad las caravanas de campesinos sucios y montados en burros, en "trou-

pes" tristes de familias enteras; tras el marido, seguía la mujer taciturna, y luego los chicos.

Atravesaban la ciudad, y se internaban en la carretera gris como sus vidas; luego se desparramaban en las rancherías, instalando sus casas compuestas de ramas; a veces parecía casi irónico que junto a la carretera, por donde pasaba elegantísimo y moderno automóvil de marca conocida, se abriera en flor de miseria una choza primitiva, por cuya puerta asomaban sus caras sombrías, dos o tres chiquilines descoloridos, y cuya última visión era una mujer con el vientre grávido, hincada por los siglos, en plan de hacer tortillas...

Allí estaba la realidad; el automóvil poderoso, propiedad del hacendado; la mujer parte representativa y dolorosa del campesino, eternamente hincada sin deseos de levantarse nunca, de caminar...

También llegaban a los ranchos cómicos de la legua que instalaban carpas, circos trashumantes en que desde la ropa miserable, hablaba de tragedia.

Pero ese año de sindicalizaciones, no hubo pan para los inmigrantes.

Los campesinos sindicalizados se pusieron de acuerdo para no dejar trabajar en la Laguna a aquellos miles de hombres necesitados, porque no se deseaba que todo aquel dinero

salera de la Comarca eso, en realidad, era relativo, ya que los fuereños, compuestos en su totalidad de familias necesitadas, dejaban gran parte del dinero ganado, en los comercios de ropa y comestibles.

La caravana se quedó largos días, cruzada de brazos, en estoicismo sombrío, y los hombres y las mujeres y los niños que emprendieron la aventura en busca de trabajo, se quedaron sin qué comer, porque al dejar sus casas, lo hicieron en forma desprevenida en absoluto, y en la confianza de que al llegar a la Laguna, por la abundancia de pizcas, no escasearía el trabajo.

El gobierno se encargó de recoger a toda aquella carne miserable, y embarcarla en carros del ferrocarril, como ganado mansurrón, hasta las cercanías de sus pueblos; y se vieron los trenes plétóricos de gente miserable, acabada, con el sello del hambre retratada en el rostro.

En la Laguna, los sindicatos manejados por políticos y por líderes, tomaban auge. Los campesinos incultos, aunque trabajadores, al no encontrar mucho de lo que se les hablaba, cometían abusos, que no son más que la locura de la libertad, ganada a base de tanto esfuerzo, como años cruentos de revolución en que se desparramó mucha sangre hermana; pero



todo tomaría su cauce normal y los campesinos con la ayuda de la escuela tendrían no solo pan material, sino intelectual, y surgiría la raza del futuro, fuerte, poderosa y audaz.

Los tableros de los campos seguían inmóviles; solo los peones daban "jaque al rey", al implantar las banderas roji-negras en todas las rancherías y pedir más salarios, contratos colectivos, etc., que los hacendados concedían de mala gana y despues de mucho pensarlo, días enteros, en que sufrían enormes pérdidas por su falta de decisión y su poco deseo de hacer justicia.

Los hacendados seguían tercios y los líderes seguían embolsándose dinero, pues los hacendados esperan todo del líder, que prometía arreglar la situación inarreglable si no era por la vía de la justicia, por la justicia, porque si en todas las ramas había merodeadores del idealismo, este idealismo no podía morir, como no ha muerto, porque el que lo encabeza es un hombre justo, un hombre que ha hecho de su vida un apostolado de sinceridad, como lo es el hombre que vive la vida del General Cárdenas, Presidente de la República de México; no importa que los líderes, que los caciques de los pueblos pequeños, que los empleados políticos sigan siendo tan voraces como antaño; lo importante es que la obra no se

destruya, y que a pesar de todo, siga adelante.

En muchas haciendas y ante la premura de la pizca, se accedió a la petición de los peones y comenzaron los trabajos.

Las familias trabajaron y recogieron su dinero, y en la mayoría de las haciendas corrió el dinero como de costumbre: a montones.

Doña Eustaquia hacía la raya personalmente. Se colocaba con su dinero, en una mesa, y miraba la lista de sus peones con los jornales que habían devengado. Los peones, en fila de uno en uno, como se acostumbra, pasaban dando su nombre y recogiendo lo que les pertenecía.

Cuando acabó la "raya", doña Eustaquia les hizo seña para que no se fueran.

—¿Continúan comprando en la tienda de Anselmo?

—Sí, mi ama.

—No comprarán más.

—¿Por qué? Allá nos fían.

—Sí, y se les cobra a un precio muy caro.

Cada domingo podrán ir a Torreón a abastecerse de lo que necesitan, o mejor, llamen a Anselmo.

Llegó este entre dos peones, y se quitó el sombrero respetuosamente.

—¿Para qué me quería usted?

—Para decirle que desde hoy en adelante,

venderá a mis hombres las mercancías al precio que se expenden en la ciudad.

—Pero eso no es posible.

—¡Y tanto! Continúa usted con una costumbre que hace mucho debería estar abolida; en todas las haciendas las tiendas de raya están prohibidas, pero siguen a mansalva, como la venta de licores, como la parcialidad del juez, como tantas otras cosas, explotando la ignorancia del campesino; en otras haciendas, la tienda de raya sigue siendo explotada por el hacendado, o se le da como una concesión al rayador o alguno de los empleados de escritorio, para que obtenga utilidades despiadadas que no le puede conceder el patrón por méritos propios. Desde hoy aquí cambiarán las cosas; yo nunca le he hecho a usted concesiones de esa naturaleza; pero usted ha abusado por su cuenta y delante de todos mis muchachos quiero que sepa que le prohibo terminantemente la explotación de los campesinos, de lo contrario, pondré una tienda en cooperativa, y aquí nadie carecerá de lo indispensable; quiero prevenirlo, porque como usted tiene su negocio, y tiene necesidad de él, no quiero perjudicar a hombres de trabajo, tampoco; pero sí deseo beneficiar a todo mundo, con cosas justas.

Anselmo se alejó y al dar los primeros pasos escuchó una frase más de doña Eustaquia:

—¡Ah!, se me olvidaba, y nada de cobrarles réditos, cuando le pidan fiado. Más bien dicho, le prohibo que les fte; es la única manera de no hacerlos olvidarse que tienen que llevar su dinero íntegro a su casa.

—En cuanto a ustedes — exclamó dirigiéndose a los campesinos— como yo ya estoy vieja, dentro de un mes les cederé la hacienda, con todo y la escuela agrícola necesaria para que se instruyan no solo ustedes, sino también sus hijos.

Los peones dieron gritos de alegría, y antes de que doña Eustaquia pudiera evitarlo, la levantaron y colocándola sobre sus hombros morenos, la llevaron en paseo triunfal por los caminos del campo, exclamando uno de los muchachos que iba cerca de ella.

—¿Ya ve mi ama? La pasean como si fuera San Isidro.

Doña Eustaquia rió gozosa y se acordó, con los ojos empañados en lágrimas, de aquellas procesiones que en tiempos de sequía hacían los campesinos encabezados por su marido, con la imágen del santo patrono de los agricultores, en jira silenciosa y cansada por todos los ranchos; se acordó de aquellas danzas en que bailaban los hombres tocados en forma pintoresca, días enteros hasta que los pies se abrían en sangre de cansancio...

A veces surtía efecto la fiesta y la oración, pero otras, que era la mayoría, el cielo permanecía mudo a la procesión y a la danza...

De todos modos, el recuerdo la enterneció, y la costumbre olvidada, desde que había norias y el agua no hacía tanta falta como antes, la hizo pensar que, al comparársela con el santo patrono, la hacían sentirse, no santa sino quijotesca.

La masa de hombres del campo, caminaba, y doña Eustaquia llevada en hombros, solo sabía reír y llorar.

Al llegar al umbral de su casa, su sobrina la esperaba con una carta en la mano; era de Manfredo.

Como si aquella carta fuera una paloma con la rama de olivo, doña Eustaquia la encontró casi simbólica, en su blancura; y ante la expectación de los campesinos, la rasgó y desplegó las carillas blancas, como si fueran alas.

Había escrito a su sobrino el proyecto de instalar un sanatorio con su ayuda, y al leer la respuesta, su rostro se iluminó de alegría.

—Otra nueva— gritó.

—¿Cuál?

Tendrán aquí en el solar que está en las afueras del rancho, y que he mandado rodear de pinabetes, un sanatorio moderno, y mi sobrino será el encargado de dirigirlo. Ya no irán

a la ciudad, ya no irán a los sanatorios de la ciudad; en este tendrán no solo medicinas sino gimnasio y sala de lectura.

La noticia esta no provocó tanto entusiasmo. El campesino que odia el agua, sabía lo que esto significaba; baño forzoso, medicación forzosa, tener que acudir a conferencias, gimnasio... Todo esto los desconsolaba, pero por no contradecir a la vieja, que era algodón de primera, lo harían todo, hasta lo imposible, y jamás le plantarían la banderita rojinegra. En su hacienda estaban eliminados los líderes...

—¿Cuándo se realizarán sus sueños, mi ama?

—Pronto, Fernando, pronto; el chico ha resultado más aplicado de lo que pensaba, y está doblando años. Terminará la carrera en forma rápida; parece que tiene talento.



## VIII

Aquel día doña Eustaquia estaba feliz. La escuela tipo se había terminado, y el sobrino había escrito que se había recibido de médico. Ya podía morir cuando Dios lo quisiera, su obra estaba casi terminada.

Había que ir a la estación. Ya no pudo, como antaño, marcar el camino terroso, con la huella redonda y precisa de su tacón; ya no pudo siquiera, ir a caballo; el automóvil, ante la puerta de su casa, la esperaba con la portezuela abierta como una mano tendida.

Dos de los hombres la llevaron casi en brazos hasta él.

Los campesinos alegres, bañados en el polvo que dejaba el automóvil al internarse en el camino, exploraban la distancia, con los pies y con los ojos, devorándola.

Al fin, la masa como un solo hombre, se detuvo en la estación, y cuando de ella bajó el hombre alto, moreno, de ojos verdes, que

era Manfredo, cien manos no lo dejaron caminar, lo alzaron, lo llevaron en hombros, como a la tía, hasta las puertas de su casa. Toda la alegría se sintió turbada cuando tía y sobrino, al penetrar en la casa, encontraron a Elvira, con los ojos muy negros, enrojecidos.

—¿Qué te pasa, dí?

—Es de alegría.

Pero algo hubo en su mirada, preñada por no se sabía qué pasiones, que hizo que el ambiente se sembrara de inquietud, que no floreció en el silencio.

La comida fué triste. En la sobre mesa, la tía Eustaquia habló ampliamente de los proyectos. La escuela tipo ya estaba construida; faltaba la construcción del sanatorio.

—¿Traes el proyecto, como te lo encargué?

Manfredo extendió sobre la mesa el plano y la fotografía de una clínica moderna, amplia, perfectamente distribuida que, aunque no lujosa, tendría todo lo necesario para prestar un servicio apreciable e higiénico.

—Esto costará...

—Hijo no me digas cuánto cuesta, tenemos bastante dinero para sostenerla y para instalarla. Además, pienso que los campesinos deben cooperar cada uno con algo, para ayudar al sostenimiento de este sanatorio que les prestará servicios; y que en la hacienda se debe



implantar una caja de ahorros. Manos puras, Manfredo. No es la humanidad la ingrata; es que si en algún momento la humanidad olvida, ha sido porque no supimos darnos como ellos nos lo pidieron. La multitud, es como las mujeres: saben por instinto quién las ama; pero son también como las mujeres, en el sentido de que desean una personalidad muy fuerte como cabeza, y aman la superioridad física, no solamente la superioridad intelectual. Si tú eres un hombre de valer moral, todo está arreglado, seguirás siendo el jefe. Es posible, casi seguro que lo seas, como lo he sido yo, por... ¡ay!, déjame ver, voy a cumplir mis bodas de oro en este rancho... y a pesar de mi vejez, todavía se me obedece. Además, hay que dirigir a los campesinos, entre ellos hay hombres de trabajo, de esfuerzo, pero son agricultores no hombres de negocios. Yo te enseñaré todas estas martingalas de los negocios y tú a tu vez se las enseñarás a ellos; no basta laborar la tierra hay que vender la cosecha. Para mantener precios y librarse de los acaparadores deben unirse, deben igualar precio, no solo los de esta hacienda, sino todos los de las haciendas circunvecinas. Hay que mejorar la industria: en la Laguna todavía hay muchas ramas vírgenes que pueden explotarse por las mujeres

la apicultura, la vinicultura, las fábricas de hilados y tejidos; es sorprendente que en el mejor centro productor de algodón de la República, haya la más mala fábrica de hilados; la fábrica más pobre; realmente, se debe carecer de fé en todos los negocios ajenos a la agricultura; porque son muy pocos los que los emprenden.

—¡Qué amplias ideas tiene usted, tía!

Los ojos de doña Eustaquia miraron a lo lejos, y murmuró sonriendo:

—Siempre he sido una idealista y una imbecil; pero no podría arrepentirme ni aunque me lo pidiera Dios.

Sus ojos se fijaron al fin en las paredes del cuarto y en los ojos de la sobrina, que refulgían como brasas en la obscuridad, fijos en los labios de Manfredo. La tía desechó el pensamiento como una blasfemia pero desde ese instante cuidó de los ademanes de su sobrina celosamente. Había que salvar a aquellos muchachos. Por las noches los encontraba a veces en el corredor, murmurándole Elvira en el oído a Manfredo cosas que la tía no podía escuchar. La devoción de la muchacha pasaba el límite normal de las relaciones entre hermanos. Manfredo, no parecía darse cuenta de esto; se dejaba querer, traía hambre y sed de cariño despues de los años de ausencia de la casa.

El hospital comenzaba a levantarse; en la

escuela ya había maestros traídos de la capital, bien remunerados, y Manfredo y la tía Eustaquia hacían frecuentemente viajes a la ciudad, para proponer el sostenimiento de una escuela tipo, a todos los agricultores. Ninguno parecía escuchar, todos juzgaban loca a la pobre vieja, y solo al final, los resultados obtenidos en la hacienda, podían ser el mejor argumento.

Manfredo había convertido en consultorio dos de los cuartos de la casa grande de la hacienda, donde se recetaba gratis. Elvira ayudaba y solo ojos observadores veían cómo sus finas manos estremecíanse al tocar las manos del médico y cómo su mirada se hacía honda y sus labios temblorosos.

Cuando quedaban solos ella se ponía pálida hasta parecer agonizante, tanto era así, que él un día le preguntó:

—¿Hermana, te sientes mal?

Ella denegó, con la cabeza, y trémula, cogió su bolsa y casi escapó corriendo. Manfredo se quedó parado, pensativo, y creyó que la muchacha estaba enamorada; pero ni por un instante se le ocurrió la idea monstruosa de que Elvira lo amaba a él.

Pero fué otro día que se quedaron solos y en que se hallaban agotados por el cansancio, cuando ella pasó sus manos por los cabellos

de él, y su caricia se detuvo, se hizo larga, se arrastraba, perezosa, insinuante, cálida.

Después sus labios se detuvieron con delectación en las mejillas.

Sin saber por qué, Manfredo se sentía molesto, y se levantó, quedando los dos de pie. Tan alto el uno como la otra, y la boca de él, frente a los ojos de ella, como una tentación.

Pudo más la atracción, y sin medirlo, sus labios se alzaron y se juntaron con los del muchacho, en forma irrefrenable, de hembra en celo. Horrorizado, ante aquel beso que no era de hermana, él se desasió, la alejó de sí, cogió sus manos entre las de él, como dos tallos frágiles y le sepultó sus miradas en la conciencia.

La muchacha sollozaba, pero al mismo tiempo sus ojos brillantes y sus labios ya no trémulos, sino firmes, le gritaron:

—Sí, te amo, te amo, te amo. Contra todo y contra todos. La hacienda será nuestra, la vida será nuestra, ¿lo oyes? ¡Nuestra!

Manfredo pálido, triste, con el cansancio en el alma, se alejó despacio, por la estancia, mientras oía la voz de la apasionada gritarle su amor, como un martillo que caía sobre su alma, y le desbarataba la existencia.

De pronto, él agigantó el paso, le daba asco aquello, aquello que como un monstruo

terminaría con sus sueños. El pensamiento de la huida llegó a él, como un grito de misericordia por su hermana, por él y por su tía. Con aquello no contaba ella. ¡Con aquello, no! Que cosas de la vida, floreciendo de aquel modo, en forma materialista, incontenible, desbaratándoles los sueños idealistas, de muchos años de ventura.

Su paso agigantado, devoraba distancias; junto a él, la mujer con las ropas ciñéndosele en el cuerpo por el viento del campo, se prendía de su brazo, gemía su delirio, que él ya no escuchaba.

Te amo. Tú no te irás, ¿verdad? Te quedarás aquí conmigo. Ya solamente somos los dos. ¿No te gusto? ¿No me quieres? ¡Qué importa que seamos hermanos! Los que nos engendraron por primera vez en el mundo, también deben haberlo sido. La humanidad siempre se ha compuesto así, de cosas que son como la vida: dulces y amargas. Nada podrá separarme de tí, nada ni nadie. Si te vas seguiré tu huella y me asiré a tu mano, que no osará aventarme lejos de tu vida, porque si tú no me amas, lo gritaré a los vientos, se enterará la gente, diré que me besaste de otro modo, que has sido mi amante, que me has violado, que me has tenido entre tus brazos; y la gente te verá como a un monstruo de maldad;

mientras que si me quieres, ocultaremos nuestro amor, nos querremos los dos para nosotros solos; será más bello este amor que ningún otro, porque de él solo sabremos nosotros; ya hay una especie de mixtificación cuando el amor que dos se tienen lo aprueban todos. El amor solo les importa a dos, y dos deben tenerlo, y dos deben saberlo, y dos deben disfrutarlo.

Manfredo seguía adelante, horrorizado. Le parecía que nunca llegaba a la casa, que nunca podría hacer sus velices; que nunca podría alejarse y necesitaba hacerlo. Venir desde tan lejos, acariciando un ideal y desbaratarlo esta cosa pútrida, era como para renegar de la vida.

—¿Por qué no me hablas? ¡Una palabra de rechazo o de atracción, pero una palabra! ¿Te quedas mudo, no es cierto? Eres un canalla. Has visto como la vieja tenía sus locuras, y te has aprovechado de ellas. No pensaste nunca sino en tí: te has metido a todos en el bolsillo, has dominado, todo será tuyo, la hacienda, la escuela, el hospital, el dinero, y yo viviré junto a tí, como arrimada, ¿no es cierto? ¡Te equivocas, te equivocas! Desbarataré tu obra, o sé mío, un día, una noche, ¡un instante!

Ahora ya no caminaba junto a él, prendida de su brazo, sino que tropezaba, y su pecho,

agitado por la carrera de su paso, parecía una ola gigantesca.

—No se realizarán tus sueños, ¿sabes? No se realizarán. Gritaré a todos que me amas, y si es preciso que te odien, me mataré para que te vean con horror.

Manfredo respiró con alivio; entraban a la vereda de árboles que conducía a la casa grande. De pronto, de entre los árboles, surgió la figura imponente, aunque encorvada, de la tía Eustaquia. Sus ojos lo miraron todo, lo adivinaron todo, lo supieron todo, porque lo esperaban desde hacía mucho tiempo. Miró a Manfredo pálido, con la frente perlada de sudor, y detrás de él, agitada, pálida también, pero con los ojos brillantes y los labios desgarrados por la sed de palabras y de besos amantes que se olvidaran de todo y le dijeran todo a Elvira, hecha mujer ya, desconocida, transformada por aquella pasión imposible que le amargaba la vida.

—¿Qué ha pasado?—Preguntó doña Eustaquia.

Manfredo no contestó, siguió devorando el camino, pero la muchacha se paró en seco, asombrada por un instante de ver surgir ante ella aquel obstáculo que ella había temido; pero solo fué un minuto. Luego se irguió la hembra, la mujer, y dispuesta a la batalla, que sa-

bía perdida, sus ojos persiguieron, atraparon al hombre que se perdía en la distancia, y ante la mujer que la observaba, con los ojos duros en desaprobación, pensó en matarle, de un golpe, toda la grandeza de sus sueños, amargada contra todos los que le destrozaban la vida.

—¡Me ama! ¿Sabe? ¡Me ama! Dejaremos el rancho y nos iremos lejos. Todos sus sueños estúpidos de vieja loca, se quedarán aquí y se convertirán en yedra inútil. No habrá nadie que la secunde. Manfredo ya no podrá escucharla. Ahora mismo va a hacer sus velices y me llevará consigo: ¡me ama!

—¿Pero si es tu hermano, cómo puede amarte?

—¿Se horroriza, no? Pues sí, me ama. No con amor fraternal, sino como un hombre ama a una mujer; y yo también lo amo, con todo mi sexo y con todo mi espíritu. Hoy he conocido el amor, ¿entiende? ¡lo he conocido!

—¿Cómo? La exclamación casi fué un grito. La tía Eustaquia, por primera vez, sintió el terror de la vida, paralizarla, consumirla. Pero luego se rehizo; ella conocía bien al muchacho, y no podía ser. Era ella, ella...

—Mientes—gritó,—mientes.

—He sido suya, he sido suya—gritaba Elvira, como si cantara un estribillo—, y si me muer-



ro, nada podrá evitarlo, he sido suya; sí, lo amo tanto que si muriera, mis manos arrancarían mis párpados para mirarlo antes de que se comieran mis ojos el polvo y los gusanos.

La tía Eustaquia temblaba, temblaba; de pronto, su grueso bastón se alzó, rompió el aire como un látigo y cayó de golpe sobre la mujer, partiéndole en dos la cabeza. El cuerpo alto, esbelto, cimbreante, se dobló poco a poco, como un tallo.

La tía Eustaquia con los ojos secos, contempló a la muchacha sin pasión; junto a ella, sintió que otra humanidad estaba muda, desafiando al destino. Volvió la mirada y contempló a Manfredo, que la sostuvo en sus brazos, para que no cayera.

—¿No era cierto, verdad?

El hombre negó con la cabeza, y doña Eustaquia respiró con calma. No se pudieron decir una palabra, por muchos instantes; en el sendero polvoso, las ropas de la muerta se distinguían como si fueran una sábana que había replegado el aire; los velices de Manfredo, semejaban dos tortugas inmóviles, negras, y la mujer y el hombre unidos por la pena, se confundían en la sombra, como si fueran el tronco de un árbol bello, que no tuviera una sola rama para cortar el firmamento en forma horizontal.

Allí permanecieron unidos hasta que las luces de la mañana limpiaron la mente de dudas, que la conciencia, estaba clara.

—Llévame ante el juez, muchacho.

—Pero tía arreglaremos esto de modo que se ignore siempre.

—Calla tonto. Nunca he sido cobarde, me lo enseñaron en mi casa, y después perfeccionó mi marido en mi alma, la ciencia de vivir, que consiste en ser sincero consigo mismo; lo demás, está en segundo término. Llévame ante el juez, ingresaré a la cárcel. No importa que me manden a presidio, mi obra ha sido justa, te he salvado y he salvado mi obra, tu continuarás aquí, no te irás, yo hablaré a los campesinos. Las dos éramos las que debíamos desaparecer; yo por vieja, ella, porque su amor, era un amor de pecado. Tú continuarás, porque la vida que he creado, no puede detenerse; moriré yo, pero no morirá mi obra. Llévame a la cárcel, me mandarán a presidio por haber matado una víbora.

La tía Eustaquia quedó en silencio, y luego murmuró como si rezara:

Por haber matado una víbora.



## IX

La hacienda, toda en asombro, supo del crimen. Para los campesinos, aquello no tenía nombre. Pero era indudable que ello había tenido lugar por algo. Luego como todo, se pensó lo peor. Se creyó que la tía Eustaquia había perdido la razón, y que aquel crimen que ellos estimaban sin nombre, era producto de una mente cruel y de un corazón que abrigaba los sentimientos más negros.

El pueblo olvidó todos los favores que debían a la mujer que supo ser compañera en sus penas; el pueblo olvidó los beneficios recibidos, y la mujer que gastó su juventud y su fuerza en un apostolado, a su paso no miró sino ojos que se cerraron con el deseo de no verla; y cuando su espalda ya había dejado detras las cosas que significaron su vida, oía el murmurar, que como un río, iba creciendo...

Llegaron ante el juez y doña Eustaquia, de pronto, comprendió que toda explicación era

inútil. Una amargura intensa, horrible, como no la había sentido nunca, se apoderó de su alma. A las preguntas, solo contestó que ella era la que la había matado.

—¿Pero por qué?

El silencio se rompió por la voz de Manfredo tensa en desesperación.

—Si no habla usted hablo yo.

Cuando al fin, en un ánimo ardiente de salvarla, lo dijo todo, contra las protestas de doña Eustaquia, el juez no lo creyó. La gente suspicaz sospechó de él; no pensaron que lógicamente la avaricia no había sido el móvil de aquel crimen, porque la mujer, en su apostolado de mejoramiento, lo había dado todo, lo había repartido todo. El pueblo chismoso, hizo del crimen una leyenda y en su empeño de no ver, todos juzgan... e inventaron las cosas más ilógicas, las cosas más tremendas, las menos creíbles, pero que todos aceptaban sin examinar, sin defender, sin discutir, con una inmisericordia que hacía que los ojos de doña Eustaquia que nunca supieron ser lavados por lágrimas, tuvieran de estas empañada la vista.

—¿Y quiere usted que me quede, tía? Todo está perdido, todo está roto. ¿Qué, no lo ve usted? Si les sacrificó su vida y ahora no tienen misericordia, cuando usted tanto la nece-

sita; si no comprenden, si no juzgan, ¿qué esperanza ni que dicha quiere que tenga mi corazón para quedarme y amarlos?

—Yo los amo aún.

—Pero yo no puedo. No quiero amarlos.

—La obra debe continuar; solo enseñando al hombre a vivir y a mejorarse, sabrá juzgar y tener misericordia; solo enseñándole lo que es tener corazón, sabrá darse cuenta de que por él vive.

—¿Y usted? ¿Qué ganó con dilapidar su corazón? ¿Qué ganó con su sentido de humanidad? ¿Qué ganó? ¿Qué ganó!

—Por Dios, no digas tonterías. Cuando hacemos un bien, no pensamos, yo al menos nunca pensé que aquel bien se me agradecería; pensé que encontraba un gozo puro de hacer vivir a los otros con una poca de mi vida; fué como si este don de la maternidad que se me negó, se hubiera extendido a todas las cosas, y he visto en cada uno de estos seres, un hijo, un hijo mío, que como todos los hijos, cuando se han enseñado a caminar, tienen que abandonarme y recorrer su mundo.

—Pero yo no puedo estancarme aquí. El recuerdo de usted en la cárcel, será horrible. No podré amarlos como los amaba. Su ingratitud podrá más que mi razón.

—Los amarás, si comprendes. Comprender, es casi perdonar; tolerar.

—¿Pero como quiere usted que tolere esto, que es intolerable?

—Cuando hagas una obra, no te acuerdes de las piedras que quedaron en el camino, ni de los ingenieros que la llevaron a cabo; ni tú ni los demás se acuerdan de esto, pero la obra está allí, imperecedera, haciendo justicia al deseo del que la llevó a la práctica, en una realidad que supera a la ingratitud. Te quedarás aquí engrandecerás la hacienda; yo soy la piedra que me quedé en el camino, y señalo la ruta. Elvira fué la equivocación. Tú, sé el símbolo y más que el símbolo, sé la realidad. Todo en la vida tiene su precio, y esta cosa viva que tuvo perfiles de tragedia, era el precio justo que teníamos que pagar al encerrar a esa muchacha en un medio que no podía ser el de ella. Su furor erótico no encontró otro hombre de selección más que tú; se tenía que morir, porque era lo necesario; a mí me eliminará la muerte dentro de poco... tú quedarás y haz obra olvidándote de tí, volviéndote impersonal, puro de alma y de cuerpo, sé de cristal, no de fierro...

El juez interrumpió a la tía y al sobrino, y con un ademán en el que no había respeto, sino un poquito de horror, y le comunicó que

se la trasladaría a Torreón, para ser encarcelada por lo que le quedara de vida.

Manfredo ahogó un sollozo. Doña Eustaquia, impasible, solo murmuró: Sea por Dios. Su cabeza doblada, se irguió en conformidades de tranquilidad increíble, y preguntó en un suspiro: ¿Cuándo saldremos?

En sus labios tristes y marchitos, aquel: "¿Cuándo saldremos?", así tenía la insinuación de una partida como tantas otras, como aquellas múltiples que emprendió a la ciudad, para en pelea por una existencia mejor, dignificar la vida con acciones que no serían perecederas.

El juez sin saber la causa, se sintió un poco avergonzado y también, como en un suspiro, solo murmuró: Mañana.

Al día siguiente, doña Eustaquia, las espaldas en sus muñecas delgadas, subió al camión de la hacienda, sin que una sola mano amiga revoloteara cerca de ella con misión de paz y de amistad. La mañana gris y lluviosa le azotaba el rostro, en caricia de lágrimas. De sus ojos verdes se perdió la fotografía de los campos. Todo lo veía a lo lejos, vago con tristeza de inutilidad y de fracaso.

Su sobrino, parado junto a ella, mudo, no pudo alzar en altivez la frente: lo agobiaba la tristeza.

El camión comenzó a rodar por el camino, despacio, muellemente; la mujer y el hombre parados, atravesaron la distancia, y de las casas cerradas, asomaron caras curiosas y hostiles, pálidas y tristes, sin que alegrara sus labios una sonrisa ni de amistad ni de desprecio. Los perros del rancho, flacos, hambrientos, rompían el silencio de la mañana con sus ladridos.

Doña Eustaquia no tenía valor para hablar. Cada hogar tenía algo que deberle. Muchos de los chicos del rancho eran sus ahijados. A numerosas de las ancianas las había acompañado el día de sus bodas, en calidad de madrina.

¡Cuantos, cuantos de ellos acudieron en horas de amargura a pedir protección, a pedir dinero!...

Todos eran sus hijos y la abandonaban; no le importaba la cárcel ni el morir lejos de la hacienda, que era como renunciar y renegar de toda su vida; sino que de aquella vida, no quedara ni un alma para alegrarle la ausencia.

El pueblo hosco, se quedó en silencio... En las afueras donde comenzaban los sembrados, alzaban las paredes de cemento del hospital...

En la distancia se perdía la escuela. Ante la vista se extendía el tablero de los campos,



blanco, como un sudario; y en ese instante, doña Eustaquia agonizó en su alma y en su moral; allí quedaba su vida; bajo el sudario de los campos, su alma había muerto para siempre, pero resucitaría en sus obras.

Lejos, divisó a los peones...

Cuando llegó a la ciudad; cuando las rejas de la prisión se cerraron y el sobrino cruzaba ya el umbral que lo retornaba a la vida ordinaria, oyó el grito de doña Eustaquia:

—¡Manfredo!

Volvió la cara, asombrado, y retornó, como retorna el pensamiento: rápidamente.

—Sigue mi obra, no importa que yo me muera; no importa que esté en la cárcel; no importa que ellos no comprendan. Después de la pizca, prepara la tierra. ¡La vida no puede detenerse; somos nosotros, los que inútilmente, queremos siempre detener a la vida!

FIN



PRECIO: \$ 1.00 MEXICANO